

ORIGENES

REVISTA DE ARTE Y LITERATURA

BIBLIOTECA NACIONAL
JOSE MARTI
HABANA CUBA

MEMOROTECA
RESERVA



ORÍGENES

REVISTA DE ARTE Y LITERATURA

EDITORES:

JOSÉ LEZAMA LIMA - JOSÉ RODRÍGUEZ FEO



Todas las colaboraciones y traducciones
son inéditas.



Ejemplar suelto \$ 0.50

Suscripción al año „ 2.00

Suscripción en el extranjero „ 2.50



Redacción y Administración:

J. RODRÍGUEZ FEO, Calle B, entre 12 y 14.

Reparto Almendares. La Habana, Cuba.

Talleres:

Impresores: ÚCAR GARCÍA, S. A.

Teniente Rey, 15 — La Habana, Cuba

SUMARIO

OCTAVIO PAZ: *Poemas*

VIRGINIA WOOLF: *Objetos Sólidos*

PAUL VALÉRY: *Primer fragmento del Narciso*

ANGEL GAZTELU: *De cómo el silencio fué sonoro
la noche del Nacimiento*

JOSÉ LEZAMA LIMA: *Paradiso (II)*

OCTAVIO SMITH: *Zona de la esposa*

JOSÉ CARBALLIDO REY: *Las aguas esperan...*

NOTAS

J. LEZAMA LIMA: *Mariano y Lozano*

Portada de ROBERTO DIAGO

Reproducciones de MARIANO y ALFREDO LOZANO

ORÍGENES

AÑO VI

LA HABANA, 1949

NÚM. 23

POEMAS

SALIDA

Al cabo de tanta vigilia, de tanto roer silogismos, de habitar tantas ruinas y razones en ruinas, salgo al aire: busco un contacto. Y desde este trampolín me arrojo, cabeza baja, ojos abiertos, a ¿dónde? Al vacío, la mierda, el espejo. No. Caer, caer, caer en otros ojos. Agua de ojos, río amarillo, río verde, ay, caída sin fin en unos ojos transparentes, en un río de ojos abiertos, entre dos pestañas como dos bosques de lanzas frente a frente, en espera del clarín de ataque... Río abajo he de perderme, he de volver a lo oscuro.

Cierra, amor mío, cierra esos ojos tan repletos de insignificancias terribles: funcionarios que decretan suspender la circulación de la sangre, cirujanos dentistas que extraen los dientes de la noche, cónsules, maestras de escuela secundaria, monjas, etc. Como la selva se cierra sobre sí misma y borra todos los senderos, cierra el paso a tantas memorias que se agolpan a la entrada de tus ojos y tiranizan tu alma.

Todo es contacto. Ven, amor mío, ven a cortar relámpagos en el jardín nocturno, toma este ramo de centellas azules, ven a arrancar conmigo unas cuantas horas incandescentes a este bloque de tiempo petrificado, única herencia que nos han dejado nuestros padres. En el cuello de ave de la noche dejas un collar de día. Por un cielo de intraojos desplegamos nuestras alas, águila bicéfala, cometa de cauda de diamante y gemido. Arde, candelabro de ocho brazos, árbol vivo que canta: raíces enlazadas, ramas entretejidas, pájaros de platino y de fuego. Todo es tanto su ser que ya es otra cosa.

Y peso palabras preciosas, palabras de amor, en la balanza del silencio. Una sola frase de más a estas alturas bastaría para hundirme de este lado del tiempo.

M E D I O D I A

El hormiguero hace erupción. La herida abierta borbota, espumea, se expande, se contrae. El sol a estas horas no deja nunca de bombear sangre, con las sienes hinchadas, la cara roja. Un niño—educado por los jesuitas y a quien esperan, a la entrada de la pubertad, un sarampión y una crisis mística—coloca con cuidado una piedrecita en la boca despellejada del hormiguero. El sol hunde sus picas en las jorobas del llano, humilla promontorio de basura. Resplandor desenvainado, los reflejos de una lata vacía, erguida sobre una pirámide de piltrafas, estocan todos los puntos del espacio. Los niños buscadores de tesoros y los perros sin dueño escarban en el amarillo esplendor del pudridero. A trescientos metros la Iglesia de San Lorenzo llama a misa de doce. Dentro, en el altar de la derecha, hay un santo pintado de azul y rosa. De su ojo izquierdo brota un enjambre de insectos de alas grises, que vuelan en línea recta hacia la cúpula—y caen, hechos polvo, silencioso derrumbe de armaduras tocadas por la mano del tiempo. Silban a todo vapor las sirenas de las torres de las fábricas, gigantesca plantación de falos decapitados. En ese momento un pájaro vestido de negro vuela en círculos y se posa en el único árbol vivo del llano. Después.... no hay después. Avanzo, excavo, perforo grandes piedras, descendo galerías de minas de arena, corredores que se cierran y vuelvo al llano, al llano donde siempre es mediodía, donde un sol idéntico cae fijamente sobre un paisaje detenido, y no acaban nunca de caer las doce campanadas, ni de zumbar las moscas, ni de corromperse los montículos de desperdicios, ni de cerrarse esta herida.

E X E C R A C I O N

Esta noche he invocado a todas las potencias. Nadie acudió. Caminé por todas las galerías y recorrí todas las plazas, sin encontrar a nadie. Desertó mi sombra, me abandonaron los recuerdos.

(La memoria no es lo que recordamos, sino lo que nos recuerda. La memoria es un presente que nunca acaba de pasar. Acecha, nos coge de improviso entre sus manos de humo que no sueltan, se desliza en nuestra sangre, invisible y delgada. El que fuimos se instala en nosotros y nos echa afuera: nos recuerda. Nos vive un presente incesante, impío. Hace mil años, en una tarde cenicienta, al salir de la escuela, escupí sobre mi alma, y ahora mi alma es el lugar infame donde en una tarde cenicienta interminablemente escupe sobre mi alma. Lo que llamamos presente sólo existe cuando asume la presencia inextinguible e irreparable de la memoria. Ese niño apedreado, ese sexo femenino como un volcán que fascina, ese adolescente que acaudilla un pueblo de pájaros al asalto del sol, esa grúa esbelta de fina cabeza de dinosaurio inclinándose para devorar un árbol, a ciertas horas me expulsan de mí, viven en mí, me viven. No esta noche.)

¿A qué grabar con un cuchillo mohoso signos y nombres sobre la piel reluciente de la noche? Las primeras olas de la mañana borran todas esas ilusorias estelas. ¿A quién invocar a estas horas y contra quién pronunciar exorcismos? No hay nadie arriba, ni abajo; no hay nadie detrás de la puerta, ni en el salón, ni fuera de la casa. No hay nadie, nunca ha habido nadie, nunca habrá nadie. No hay yo. Y el otro, el que me piensa, no me piensa esta noche. Piensa a otro, se piensa. Me rodea un mar de silencio y de miedo, me cubre una vegetación de arañas, me paseo por mi conciencia como un reptil entre piedras viscosas, masa de escombros y ladrillos sin sentido. El agua del tiempo escurre lentamente en esta oquedad agrietada, cueva donde se pudren todas las palabras ateridas.

OCTAVIO PAZ

Objetos Sólidos⁽¹⁾

El único objeto que se movía sobre el vasto semicírculo de la playa era una pequeña mancha oscura. Al acercarse al cuerpo inmovilizado del barco varado, se hacía aparente por cierta tenuidad del color oscuro que esta mancha poseía cuatro patas; y poco a poco era más indiscutible que se trataba de la presencia de dos jóvenes. Aún así, perfilados sobre el fondo arenoso, se descubría en ellos una indudable vitalidad; un vigor indiscifrable en los movimientos de los cuerpos, aunque un tanto tenue, proclamaba alguna discusión violenta que brotaba de las bocas diminutas en las pequeñas y redondas cabecillas. Todo fué corroborado de cerca por las estocadas del bastón en la mano derecha. "Quieres decirme... Crees realmente...", así parecía declarar el bastón, en la mano derecha, junto a las olas mientras iba trazando líneas rectas sobre la arena.

"¡Al diablo con la política!", salió con claridad del cuerpo a la izquierda, y, al ser dichas estas palabras, las bocas, narices, mentones, pequeños bigotes, gorras de lana, botas de cuero, chaquetas de caza, medias de cuadros, de los dos charla-dores se hicieron más visibles; el humo de las pipas ascendía en el aire; nada tan sólido, tan lleno de vida, tan duro, rojo, y

¹ *Solid objects* apareció en el libro póstumo de V. Woolf, *A Haunted House and other Short Stories*. Harcourt, Brace and Co. N.Y. 1944.

viril como estos dos cuerpos en el ancho paisaje de mar y bancos de arena.

Se dejaron caer cerca de las seis costilla y el espinazo del barco sardinero. Ya usted sabe cómo el cuerpo parece desembarazarse del debate y disculparse por un momento de exaltación, lanzándose al suelo y expresando en la laxitud de una actitud que está dispuesto a emprenderlo con algún tema nuevo. Entonces Charles, que había estado acuchillando la arena por media milla, comenzó a lanzar piedras sobre la superficie del mar; y John, que había exclamado "Al diablo con la política", empezó a ahondar con los dedos en la arena. A medida que su mano se hundía más y más hasta la muñeca, de manera que fué necesario remangarse la camisa, sus ojos perdieron intensidad, o más bien el trasfondo de pensamiento y experiencia que imprime una profundidad inescrutable a los ojos de las personas mayores desapareció, dejando tan sólo la superficie clara y transparente que expresaba solamente asombro como en unos ojos infantiles. Sin duda el acto mismo de hurgar en la arena se debía a esta actitud. Recordó, que tras hurgar un poco, el agua va rezumándose por las puntas de los dedos; el hoyo entonces se transforma en un pozo; un manantial; un canal secreto hacia el mar. ¡Mientras decidía cómo iba a llamarlo, aun con los dedos en el agua, se le enroscaron en torno a algo duro

—una gota de materia sólida—y gradualmente arrancaron un objeto grande y de forma irregular, atrayéndolo a la superficie. Al limpiarle la arena, apareció una mancha verde. Era un fragmento de vidrio, tan grueso que a la vista resultaba opaco; la acción de las olas lo habían pulido hasta hacer desaparecer en él todo contorno o forma, de manera que érale imposible decir si formaba parte de una botella, un vaso, o una vidriera; era tan sólo un cristal; casi una piedra preciosa. Bastaba incrustarlo en un anillo de oro, o agujerearlo con un fino alambriño, y se convertiría en una joya; en una pieza de un collar o en una luz verde y oscura sobre el dedo meñique. Quizás, después de todo, sí era una gema; un adorno que alguna Princesa negra ostentaba mientras sus dedos recorrían las aguas, sentada ella en la popa de la barcaza que la conducía a través de la Bahía al son de los cantos de sus esclavos. O quizás procedía de algún cofre isabelino que sepultado en el mar había reventado; tras rodar por las superficies, sus esmeraldas habían retornado a reposar en la orilla. John la examinó a la luz, le dió vueltas entre sus manos; la sujetó de manera que su forma irregular velaba el cuerpo y el brazo extendido de su amigo. El verde se aclaraba y se oscurecía ligeramente según lo ponían frente al cielo o al cuerpo. Le producía gran regocijo; le intrigaba; era un objeto tan duro, tan concentrado, tan definido cuando se le comparaba a la vaguedad del mar y a la orilla brumosa.

Ahora un suspiro le perturbó—un suspiro profundo y definitivo, que le dió a entender que su amigo Charles había arrojado todas las piedras a su alcance, o que había llegado a la conclusión de que no valía la pena arrojarlas. Comieron sus sandwiches. Al terminar, cuando se sacudían y empezaban a levantarse, John tomó el pedazo de vidrio y lo contempló en silencio. Charles también lo miró. Pero vió de pronto que no era alisado, y llenando su pipa de tabaco, dijo con energía como si descartase un pensamiento tonto: "—Volviendo a lo que decía—".

No reparó, o si lo hizo no se percató bien de ello, que John tras mirar por un momento el objeto, como titubeando, se lo había deslizado en el bolsillo. Ese impulso, también, pudo ser semejante al que lleva al niño a recoger una guija del camino, prometiéndole una vida segura al calor de la chimenea del *nursery*, deleitándose en el sentimiento de poderío y bondad que tal acto confiere, y creyendo que el corazón de la piedra salta de alegría al verse escogida entre miles iguales para gozar esta bienaventuranza en vez de una vida fría y húmeda al borde de alguna carretera. "Pudo haber sido una de tantas, pero fuí Yo, Yo, Yo."

Si estaba este pensamiento o no en la mente de John, el caso es que el pedazo de vidrio ocupó su lugar sobre la chimenea, donde se asentaba pesadamente sobre un pequeño cúmulo de cuentas y cartas, y no sólo servía de pisapapeles; también era la meta final donde se posaban los ojos del joven cuando al levantarlos

del libro recorrían el cuarto. Contemplado repetidas veces por una mente que piensa en otras cosas, cualquier objeto se identifica tan profundamente con lo que pensamos que llega a perder su forma actual y asume una ideal que obsesiona el cerebro cuando menos reparamos en ello. De esta manera, John sentía la atracción de las ventanas de las tiendas de curiosidades cuando salía a caminar, porque veía algo que le recordaba a su pedazo de vidrio. Cualquier cosa, siempre que fuera un objeto más o menos redondo, quizás con una llamarada moribunda en el centro, cualquier cosa—ya fuera porcelana china, vidrio, ámbar, roca, mármol—, aun el huevo ovalado y alisado de algún pájaro prehistórico—le servía de recordatorio. Comenzó, también, a mirar el suelo, especialmente en los alrededores de placeres yermos donde suelen arrojar basuras. Esos objetos a menudo aparecían ahí—descartados por inservibles, sin forma alguna. En pocos meses había coleccionado cuatro o cinco ejemplares que ocuparon un lugar sobre la chimenea. Le eran útiles a un hombre que se postulaba para el Parlamento y que tenía tantos papeles que ordenar—discursos, declaraciones, invitaciones, y demás.

Un día, al salir de sus habitaciones en el Temple para tomar el tren que lo llevaría ante sus electores, sus ojos se fijaron en un objeto sorprendente que aparecía, medio oculto, en uno de esos bordes de yerba que rodea los cimientos de los grandes edificios. Tan sólo podía tocarlo a través de las rejas con la punta del

bastón; pero podía ver que era un pedazo de porcelana china de la forma más extraordinaria, lo más parecido a una estrella del mar que pudiera imaginarse formando, o roto accidentalmente, cinco puntas irregulares. De color era más bien azul, pero rayas verdes o manchas de algo recubrían el azul, y unas líneas carmesí le daban una textura y brillo de lo más atractivo. John estaba decidido a poseerlo; pero mientras más se esforzaba, más retrocedía el objeto. Al fin se vio forzado a volver a sus habitaciones y hacerse de un aro de alambre que ajustó a la punta del bastón, con el cual, con mucha agilidad y cuidado, pudo al fin poner al pedazo de porcelana al alcance de sus manos. Al tomarlo lanzó una exclamación de triunfo. En ese momento, sonó la campana del reloj. Ya no era posible cumplir el compromiso de ir a la cita. El mitin tuvo lugar sin su presencia. Pero ¿cómo al romperse la porcelana había tomado esta forma? Un examen detenido desvaneció toda duda: la forma estrellada era accidental, lo cual hacía al objeto más extraño aún, siendo probable que no existiera otro igual. Puesto al otro extremo del pedazo de vidrio desenterrado en la arena, semejaba una criatura de otro mundo—raro y fantástico como un arlequín. Parecía estar haciendo piruetas en el aire, como el guiño de la luz de una estrella. El contraste entre la porcelana china tan vívida y alerta y el vidrio tan mudo y contemplativo lo fascinaba; maravillado y pensativo se preguntaba cómo los dos existían en el mismo mundo, cómo habían

venido a reposar sobre el mismo listón de mármol en el mismo cuarto. La pregunta quedó sin respuesta.

Ahora empezó a frecuentar los lugares más abundantes en porcelana rota, como los campos yermos entre rieles de tren, los sitios de casas derrumbadas, y los parques en los alrededores de Londres. Pero la porcelana rara vez es arrojada desde las alturas; es uno de los actos humanos más insólitos. Hay que descubrir a la par una casa muy alta y una mujer de impulsos tan temerarios y prejuicios tan apasionantes que no titubea en lanzar desde la ventana un bote o una jarra sin pensar en el transeúnte. La porcelana rota se hallaba con frecuencia, pero rota en algún accidente doméstico insignificante, sin una finalidad o carácter propio. Sin embargo, a veces se asombraba, cuando examinaba a fondo la cuestión, por la inmensa variedad de formas halladas en Londres solamente, y hallaba aún más causa de asombro y especulación en las diferencias de calidad y forma. Los mejores ejemplares eran llevados a la casa y colocados en la chimenea, donde su función era cada vez más ornamental ya que los papeles que requerían un pisapapeles iban escaseando.

No se ocupaba de sus deberes, quizás, o los llevaba a cabo distraídamente, o sus electores, al visitarlo, recibían una impresión desfavorable del aspecto que presentaba su chimenea. Sea como fuera, no fué electo al Parlamento y su amigo, Charles, sintiéndolo profundamente corrió a consolarlo; lo encontró tan poco aba-

tido por el desastre que sólo pudo suponerse que era cuestión demasiado seria para que él se diese cuenta al momento de su magnitud.

Lo cierto es que John fué al Parque Barnes ese día; allí bajo unos matorrales había encontrado un pedazo de hierro muy extraño. Era casi idéntica forma al del vidrio, macizo y globular, pero tan frío y pesado, tan negro y metálico, que era evidentemente algo ajeno a la tierra y procedía de alguna estrella apagada o de algún cisco de la luna. En su bolsillo pesaba considerablemente; también sobre la chimenea; irradiaba frío. Y, sin embargo, el meteoro se erguía sobre el mismo anaquel junto al pedazo de vidrio y la estrella de porcelana.

Mientras sus ojos recorrían los objetos, un deseo de poseer objetos que excediesen a éstos en valor atormentaba al joven. Se consagró absolutamente a la búsqueda de éstos. Si no lo consumiera la ambición y la convicción de que algún día descubriría en algún montón de basuras algo que premiase sus esfuerzos, los fracasos que había sobrellevado, la fatiga y el escarnio, le hubiesen forzado a abandonar esta caza. Provisto de un saco y un bastón largo con un gancho, exploraba todos los depósitos de tierra; hurgaba en las pilas de marañas; rastreaba todos los callejones y espacios entre paredones viejos donde esperaba, por experiencia, encontrar objetos descartados. Según su estimación de ellos y su gusto se hacía más severo los desengaños acrecentábanse; pero siempre alguna fugaz esperanza, algún pedazo de

porcelana o vidrio de forma curiosa, lo tentaba. Pasaban los días. Ya no era joven y su carrera política era cosa del pasado. La gente dejó de visitarlo. Era demasiado callado para que lo invitasen a cenar. Nunca conversaba con nadie sobre sus ambiciones; la falta de comprensión por parte de ellos era evidente en su comportamiento.

Ahora se reclinaba sobre su silla y observaba cómo Charles recogía los objetos sobre la chimenea varias veces y los volvía a colocar con énfasis como para subrayar lo que decía de la actuación del Gobierno, sin percatarse ni por una vez de su existencia

—“Dime la verdad, John”—preguntaba Charles de pronto, volviéndose hacia él. “¿Qué te hizo abandonarlo todo en un segundo?”

—“No he abandonado nada”, contestó.

(Traducción de J. Rodríguez Feo.)

—“Pero no tienes la menor posibilidad de triunfar ahora”, dijo Charles bruscamente.

—“No estoy de acuerdo contigo”, dijo John con convicción. Charles lo miró y se sintió profundamente preocupado; las más extraordinarias dudas lo asaltaban; tuvo el extraño presentimiento de que hablaban de asuntos diferentes. Miró en torno buscando alivio a su terrible depresión, pero el aspecto desordenado del cuarto lo deprimió aún más. ¿Qué significa aquel bolso y el bastón, colgados en la pared? ¿Y estos objetos? Mirando a John, se alarmó al ver algo distante y fijo en su expresión. Sabía demasiado bien que su presencia en una plataforma electoral ya no era posible.

—“Lindos objetos”, exclamó tan alegremente como pudo; y diciendo que lo aguardaban para una cita, dejó a John para siempre.

VIRGINIA WOOLF

Primer Fragmento del Narciso

Cur aliquid vidi?

QUE al fin tú brilles, término puro de mi carrera!

Cual la fuga de un ciervo hacia la fuente acaba
Sólo si entre los juncos se desploma, esta tarde
Mi sed me ha derribado al borde de las aguas.
Mas no he de saciar este amor indiscreto
Perturbando a la onda misteriosa: Oh Ninfas!
Si vosotras me amáis dormir siempre es preciso!
El más leve suspiro de un alma os estremece;
Aún en su desmayo, escapada a las sombras,
Si la hoja perdida roza oculta napea,
Basta para romper un durmiente universo...
Vuestro sueño interesa a mi hechizo, que teme
Hasta el escalofrío de una pluma que se hunde!
Largamente guardadme este rostro, ilusión
De una divina ausencia tan sólo concebible!
Sueño de ninfas, cielo, no dejéis de mirarme!

Soñad, soñadme a mí!... Sin vosotras, oh fuentes,
Mi dolor, mi belleza, me serían inciertos.
En vano buscaría mi más precioso don,
Asombro de mi carne su confusa ternura,
Y mis tristes miradas, ignorando mis gracias,
A otros, no a mí mismo, enviarían sus lágrimas...

Esperábais, quizás, un rostro sin sollozos,
Vosotras, las tranquilas, siempre de hojas y flores

Y de la incorruptible altura visitadas,
Oh Ninfas!... Pero dócil a encantadas pendientes
Que urdieron invencibles caminos, consentid
Este hermoso reflejo del humano desorden!

Felices vuestros cuerpos fundidos, Aguas planas, profundas!
Solo estoy!... Si los Dioses, los ecos y las ondas
Y si tantos suspiros nos permiten estarlo!
Solo!... mas siendo aún el que a sí se aproxima
Cuando se acerca al borde que esa fronda bendice...

De las copas el aire deja ya el robo puro;
Cambia la voz del agua y me habla de la tarde;
Una gran calma me oye, donde oigo a la esperanza.
Crecer siento la hierba nocturna en sombra santa,
Y la pérfida luna establece su espejo
Aún en los secretos de la apagada fuente...
Aún en los secretos que yo temo saber,
Aún en el refugio del amor de sí mismo,
Nada puede escapar del occiduo silencio...
A mi carne la noche sugiere que la amo.
Tiembla su fresca voz de ceder a mis súplicas;
Apenas, en la brisa, diríase que miente,
Tanto la vibración de su tácito templo
Conspira al espacioso silencio del paraje.

Oh dulzura, seguir cuando el vigor del día
Se retira por fin todo rosa de amor,
Un poco ardiente aún, y débil, mas cumplido,
Y de tantos tesoros tiernamente abrumado
Por tales remembranzas que su muerte empurpuran,
Y que feliz la obligan a arrodillarse en oro,

A extenderse, fundirse, y perder su vendimia,
Y apagarse en un sueño que ya la tarde asume.

Qué pérdida en sí misma tan calmo sitio ofrece!
El alma hasta morir se inclina aquí pidiendo
Sólo un Dios a la onda, onda desierta, y digna
En su lustre, del liso deslizarse de un cisne...

En esta onda nunca bebieron los rebaños!
Otros, aquí perdidos, encontrarán reposo
Y en la sombría tierra, clara tumba que se abre...
Mas no es sosiego, ay!, lo que yo aquí descubro!
Si la opaca delicia en que duerme esta luz
Cede al cuerpo el horror del follaje apartado,
Vencedor de la sombra, oh cuerpo dominante,
Rechazando a los bosques su pánico espesor,
Muy pronto con pesar su eterna noche añoras!
Para Narciso inquieto no hay aquí sino hastío!
Todo me llama y liga a la lúcida carne
Que me opone del agua la paz vertiginosa!

Cuánto deploro tu brillo fatal y puro,
Con tan blanda molicie fuente por mí rodeada,
Donde en mortal azur han bebido mis ojos
Los mismos ojos negros de su alma sorprendida.

Profundidad, profundidad, ficciones que me véis
Como a un vida ajena,
Decid, ¿no soy yo aquél que imagináis vosotras,
Vuestro cuerpo os da envidia?
Suspended, oh sombríos espíritus, la ansiosa obra
Que se hace en el alma que vela;

No busquéis en vosotros, ni en celestes sorpresas,
La desdicha de ser un prodigio:
Encontrad en la fuente un cuerpo delicioso...

Cogiendo a las miradas esta perfecta víctima,
Del monstruo de adorarse hacéos un cautivo;
En las errantes redes de sedosas pestañas
Su gracioso fulgor pensativo os retiene;

Mas no os envanescáis de mudarle de imperio.
Este cristal es su morada cierta;
Sacarlo de la onda sin que expire
No podrían los mismos esfuerzos del amor...

PEOR.⁽¹⁾

Peor?...

Alguien *Peor* repite... Oh burlón!

Eco lejana es rápida en devolver su oráculo!
Su risa por las rocas quiebra mi corazón,
Y el silencio milagrosamente
Cesa!... habla, renace, sobre la faz del agua...
Peor?

Peor destino!... Vosotros lo decís,
Juncos que le robásteis mi queja errante al viento!
Antros, que devolvéis más profunda mi alma,
Con vuestra sombra hinchando una voz que desmaya...
Y me lo murmuráis, ramajes!... Oh murmullo
Desgarrador, y dócil al soplo sin figura,

(1) Juego intraducible con la palabra francesa *Pire* y la última sílaba del verso anterior:

"Les efforts mêmes de l'amour

Ne le sauraient de l'onde extraire qu'il n'expire..."

Para lograr un efecto simplemente aproximado hemos invertido la disposición de estas dos últimas líneas en español. (C. V.)

Leve el oro se agita, con el augurio juega...
Todo conmigo mézclase, toscas divinidades!
Mi secreto en los aires resuena propalado,
La roca ríe; llora el árbol; y no puedo
Sin plañir por su voz encantadora al cielo
Pertener exagüe a eternals hechizos!
Ay! entre aquellos brazos que nacen de los bosques
Un tierno resplandor de ambigua hora existe...
Con un resto de luz fórmase allí un amante,
Desnudo, sobre el pálido sitio del agua triste,
Delicioso demonio deseable y helado!

He aquí mi dulce cuerpo de luna y de rocío,
Oh forma que obedece a contrarios deseos!
Qué hermosos, de mis brazos, los dones vastos, vanos!
Lentamente en el oro adorable se cansan
Mis manos de llamar al cautivo de hojas;
Mi corazón al eco lanza nombres divinos!...

Mas cuán bella es tu boca en la muda blasfemia!
Oh semejante!... Y más perfecto que yo mismo,
Efímero inmortal, tan claro ante mis ojos,
Miembros de perla, pálidos, y sedosos cabellos,
Es preciso que apenas amados se oscurezcan
Y que la noche ya nos divida, oh Narciso,
Y entre los dos deslice el hierro que corta un fruto!
Qué tienes?

Aún mi queja es aciaga?...

El rumor

Del hálito que enseñó, doble mío, a tus labios,
Por la límpida lámina propagó una inquietud!...
Tiemblas!... Mas las palabras que expiro de rodillas

No son entre nosotros sino un alma perpleja,
Entre esa frente pura y mi torpe memoria...
Tan cerca estoy de ti que podría beberte,
Oh rostro!... Es mi sed un esclavo desnudo...

Hasta este encantador momento me ignoraba,
Y amarme no sabía ni a mí mismo reunirme!
Querido esclavo, verte acatar la más mínima
Sombra en mi corazón a su pesar fugándose,
Ver en mi frente la ira, los fuegos de un secreto,
Ver, oh prodigio, ver! mi boca matizada
Traicionar... y pintar, de pensamiento, en la onda
Una flor, y qué fastos centellear en el ojo!

Tal tesoro aquí encuentro de impotencia y orgullo,
Que no hay pequeña virgen al sátiro escapada,
En las huídas hábil, impasible si cae,
Ninguna! entre las ninfas o amigas, que me atraiga
Cual tú sobre la onda, inagotable Yo!...

PAUL VALÉRY.

Versión de Cintio Vitier.
Octubre de 1948.

De Cómo el Silencio Fué Sonoro la Noche del Nacimiento

Era el silencio por la noche plena
al filo del feliz alumbramiento,
como rabel que de afinado suena
al menor y sutil tacto del viento.

Velaba su Rocío la Azucena
pesando en su cogollo el firmamento;
y a su peso la nieve, ya serena,
doblaba su candor y cielo atento.

Destellando extremadamente bella,
asombrando la esfera en manso vuelo—
caía al suelo la mejor estrella.

Resuelto en lenguas de alta plata el hielo,
era rabel de amor por la Doncella,
que adormecía en su regazo el cielo.

Phro. ANGEL GAZTELU

Paradiso

II

La Sra. Rialta y su madre cuchicheaban el secreto de las yemas dobles. La Sra. Augusta—la abuela—matancera fidelísima a su cursilería, decía: yo le llamaría a las yemas, sunsún doble. Su traje azul naufragaba buscando los encajes que debían acompañar a un túnico azul. Al fin se decidió por lo que ella creía era la sencillez, encajes también azules, causando la sensación de esas muñecas muy lujosas a las que los fabricantes han envuelto en unas filipinas propias de palafreneros, por esa arrogancia alardeaba en sólo perseguir la piel de la cerámica rosa de los cachetes o de las uñas. En ese momento el mulato Juan Izquierdo pasó frente a ellas, era el tercer día de la semana y eso hacía que su entero flus blanco y chaleco blanco, lucieran un poco como la suma ominosa de algunos residuos de su arte gastronómica. Cá, dijo, qué se sabe hoy de las yemas, se sirven en bandejas de cristal duro y ancho como hierro y tienen el tamaño de una oreja de elefante. Las yemas son un subrayado, el cocinero se gana la opinión del gustador en tres o cuatro pruebas pequeñas y sutiles, pero que propagan un movimiento de adhesión manifestado cuidadosamente por algún movimiento de los ojos, que por decir una exclamación que arrancan el estofado o las empanadas. Dicho esto se precipitó sobre la cocina, no sin que sus sílabas lar-

gas de mulato capcioso volasen impulsadas por graduaciones alcohólicas altas en uvas de peleón. Las señoras elaboraron una larga pausa para alejar el exabrupto y la vaharada, pasando después a otros temas de delicias, los encajes de Marie Monnier que la Sra. Rialta había visto en una revista francesa. Figúrate, mamá, dijo, que son encajes inspirados en versos, de excelentes poetas franceses, donde esa maestra de la lencería contemporánea, intenta separarse de la tradición del encaje francés, de un Chantilly o de un Malinas, para que en nuestro tiempo, alrededor nuestro, surja otra escuela de bordados. Eso me asusta como si le pusieran una inyección antirrábica al canario o como si llevasen los caracoles al establo para que adquiriesen una coloración *chartreuse*. En esas cosas, la Sra. Rialta sumergida en las tradicionales aguas de seiscientos años, lanzaba opiniones incontravertibles, que parecían inapelables sentencias de la corte de casación. La Sra. Augusta que no podía prescindir de los símiles dijo: el encaje es como un espejo que hecho por manos que podían haber sido juveniles cuando nosotras nacimos, nos parece siempre como un envío o como una resolución de muchos siglos, grandes elaboraciones contemporáneas de paisajes fijados en los comienzos de lo que ahora es un disfrute sin ofuscaciones. Estas lástimas de

nuestra época quieren tener la misma sensación cuando combinan un encaje de familia en un corpiño de ópera que cuando leen un poema de Baudelaire. En esa misma revista que tú dices, continuó riéndose con sencilla malicia, leí que los amantes preferían en la Edad Media, para los últimos y decisivos momentos de su pasión, el jardín, a pesar de las interrupciones que podían provocar las espinas o los insectos, a un colchón de paja casi siempre húmedo. Qué tontería, terminó jadeando por el tiempo que ya llevaba hablando, como si en una casa que poseyese esos jardines, donde se pudiesen mostrar tales curiosidades, iban a tener el colchón de paja de los campesinos.

Ninguna de las dos había olvidado la brutal salida de Juan Izquierdo, aunque la sabían surgida de las malas destilaciones del alambique de Salleron. La Sra. Augusta no lo podía olvidar porque mantenía aún a sus años, su orgullo de dulcera, porque así como los reyes de Georgia tenían grabadas en las tetillas desde su nacimiento las águilas de su heráldica, ella por ser matancera, se creía obligada a ser incontrovertible en almíbares y pastas. José Cemí recordaba como días aladinescos cuando al levantarse la abuela decía: Hoy tengo ganas de hacer una natilla, no como las que se comen hoy, que parecen de fonda, sino las que tienen algo de flan, algo de pudín. Entonces la casa entera se ponía a disposición de la anciana, aun el Coronel la obedecía y obligaba a la religiosa sumisión, como esas reinas que antaño fueron regentes, pero que mucho

más tarde, por tener el rey que visitar las armerías de Amsterdam o de Liverpool, volvían a ocupar sus antiguas prerrogativas y a oír de nuevo el susurro halagador de sus servidores retirados. Preguntaba qué barco había traído la canela, la suspendía largo tiempo delante de su nariz, recorría con la yema de los dedos su superficie, como quien comprueba la antigüedad de un pergamino, no por la fecha de la obra que ocultaba, sino por la anchura del pergamino, por los atrevimientos del diente de jabalí que había laminado aquella superficie. Con la vainilla se demoraba aún más, no la abría directamente en el frasco, sino la dejaba gotear en su pañuelo, y después por ciclos irreversibles de tiempo que ella medía, iba oliendo de nuevo, hasta que los envíos de aquella esencia mareante se fueron extinguiendo, y era entonces cuando dictaminaba sobre si era una esencia sabia, que podía participar en la mezcla de un dulce de su elaboración, o tiraba el frasquito abierto entre la yerba del jardín, declarándolo tosco e inservible. Creo que al lanzar el frasco destapado obedecía a su secreto principio de que lo deficiente e incumplido debía de destruirse, para que los que se contentan con poco, no volvieran sobre lo deleznable y se lo incrustaran. Se volvía con un imperio cariñoso, nota cuya fineza última parecía ser su acorde más manifestado, y le decía al Coronel: Prepara las planchas para quemar el meringue, que ya falta poco para pintarle bigotes al Mont Blanc, decía riéndose casi invisiblemente, pero entreabriendo que

hacer un dulce era llevar la casa hacia la suprema esencia. No vayan a batir los huevos mezclados con la leche, sino aparte, hay que unirlos los dos batidos por separado, para que crezcan cada uno por su parte, y después unir eso que de los dos ha crecido. Después se sometía la suma de tantas delicias al fuego, viendo la Sra. Augusta cómo comenzaba a hervir, cómo se iba empastando hasta formar las piezas amarillas de cerámica, que se servían en platos de un fondo rojo, oscuro, rojo surgido de noche. La Abuela pasaba entonces de sus nerviosas órdenes a una indiferencia inalterable. No valían elogios, hipérboles, palmadas de cariño apetitosas, frecuencias pedigüeñas en la reiteración de la dulzura, ya nada parecía importarle y volvía a hablar con su hija. Una parecía que dormía; la otra a su lado contaba. Por los rincones, una cosía las medias; la otra hablaba. Cambiaban de pieza, una como si fuese a buscar algo en ese momento recordado, llevaba de la mano a la otra que iba hablando, riéndose, secreteando.

Sentado en un cajón, José Cemí oía los monólogos shakespirianos del mulato Juan Izquierdo, lanzando paletadas de empella sobre la sartén: Qué un cocinero de mi estirpe, que maneja el estilo de comer de cinco países, sea un soldado en comisión en casa del Jefe. Bueno, después de todo es un Jefe que según los técnicos militares de West Point, es el único cubano que puede mandar cien mil hombres. Pero también yo puedo tratar el carnero estofado de cinco maneras más que Campos,

cocinero que fué de María Cristina. Qué rodeado de un carbón húmedo y pajizo, con mi chaleco manchado de manteca, teniendo mis sobresaltos económicos que ser colmados por el sobrino del Jefe, habiendo aprendido mi arte con el altivo chino Luis Leng, que al conocimiento de la cocina milenaria y refinada, unía el señorío de un *confiture*, donde se refugiaba su pereza en la Embajada de Cuba en París, y después había servido en North Caroline, mucho pastel y pechuga de pavipollo, y a esa tradición añado yo, decía con sílabas que se deshacían bajo los abanicazos del alcohol que portaba, la arrogancia de la cocina española y la voluptuosidad y las sorpresas de la cubana, que parece española pero que se rebela en 1868. Qué un hombre de mi calidad tenga que servir, tenga que ser soldado en comisión, tenga que servir. Al musitar las palabras finales de ese monólogo, cortaba con el francés unos cebollinos tiernos para el aperitivo; parecía que cortaba telas con una somnolencia que hacía que se le quedara largo rato la mano en alto.

Al penetrar la Sra. Rialta en la cocina le hizo una brusca señal a su hijo para que se retirara. Este lo hizo en tres saltos despreocupados. Cómo va ese quimbombomo, dijo, y enseguida la respuesta cortante: —Pues, cómo va estar, mírelo—. Antes de comprobar el plato pasó sus dedos índice y medio por los calderos acerados y brillantes como espejos egipcios. Los ojos del mulato lanzaban chispas y furias, ponían a caminar sus gárgolas. Se dirigió al caldero del quimbom-

bó y le dijo a Juan Izquierdo: —Cómo usted hace el disparate de echarle camarones chinos y frescos a ese plato—. Izquierdo, hipando y estirando sus narices como un trombón de vera, le contestó: —Señora, el camarón chino es para espesar el sabor de la salsa, mientras que el fresco es como las bolas de plátano, o los muslos de pollo que en algunas casas también le echan al quimbombó, que así le van dando cierto sabor de ajíaco exótico—. Tanto refistolería, dijo la Sra. Rialta, no le viene bien a algunos platos criollos—. El mulato desde lo alto de su cólera concentrada apartó el cuchillo francés de los cebollinos tiernos y lo alzó como picado por una centella. La Sra. Rialta, sin perder el dominio, lo miró fijamente y el mulato se fué a lavar platos y a pelar papas, con la cara hinchada y el pelo alborotozo de un contrabajista.

Al abandonar la cocina, la Sra. Rialta se encontró con su madre. Le relató lo que había sucedido, y ahora al contar le temblaba un poco la voz. —Toma un poco de bromuro Falliere, decía la Sra. Augusta casi más nerviosa que Rialta—. —Es asombroso, rompe todos los límites, siempre creí a pesar de todas sus exageraciones que era un gentuza, mulato borrachón. Cuando llegue el Coronel, es lo primero que le dices. Además, concluyó inapelable, creo que su tan cacareada cocina decrece, el otro día confundió una salta tártara con una verde y trata al pavipollo con mandarina o con fresa que es una lástima. Qué se vaya, apesta, borrachón, y su estilo es mucho más pre-

suntuoso y redomado que eficaz o alegre.

Se acercaba el Coronel tarareando los compases de La Viuda Alegre, *Al restaurant Maxim de noche siempre voy*, con el mismo gesto de la burguesía situada en un can can pintado por Seurat. Traía en el arco de su mano izquierda un excepcional melón de Castilla. Al acercarse contrastaba el oliva de su uniforme con el amarillo yeminal del melón, sacudiéndolo a cada rato para distraer el cansancio de su peso, entonces el melón se reanimaba al extremo de parecer un perro. Hijo de un padre vasco, severo y emprendedor, glotón y desesperado después de la muerte de su esposa, hija de ingleses, gozaba el Coronel a cabalidad los veinte primeros años de la república. En la Universidad le decían "el trompetellín de la Selva de Hungría", por la agilidad picante de sus cantos de guerra deportivos. Los treinta y tres años que alcanzó su vida fueron de una alegre severidad, parecía que empujaba a su esposa y a sus tres hijos por los vericuetos de su sangre resuelta, donde todo se alcanzaba por alegría, claridad y fuerza secreta. El melón debajo del brazo era uno de los símbolos más estallantes de uno de sus días redondos y plenarios. Pasó rápido frente a su casa, para evitar el cuidado de los saludos del ceremonial y las señas y cumplidos que se abrían delante de su cargo. A paso de carga se dirigió al comedor, puso el melón de Castilla sobre la mesa y con su cuchillo de campaña le abrió una ventana a la fruta, empezando a sacar con la cuchara de la sopa lo que él llamaba "la

mogolla", "lo mogollante", volcando sobre un papel de periódico gran cantidad de hilachas y semillas que atesoraba el melón. Con el cucharón, una vez limpia la fruta y ostentando su amarillo perfumado, la empezó a llenar de trocitos de hielo, mientras el olor natural de rocío que despedía la fruta se apoderó de todo el comedor. En esos momentos llegó la Sra. Rialta, y casi al oído le hizo el relato de lo sucedido con el mulato Izquierdo, cocinero de chaleco blanco y leontina de plata fregada. Sin perder la alegría que traía, y sin que el relato lograra inmutarlo, se dirigió a la cocina. Izquierdo, hierático como un vendedor de cazuelas en el Irán, adelantaba la sartén sobre el hornillo. Cuando se fijó en el Coronel, sumó en sus mejillas otra sensación, caían sobre sus mejillas cuatro bofetadas, sonadas con guante elástico hecho para caer sobre otra mejilla como un platillo de cobre. No haga eso Coronel, no haga eso Coronel, repetía el mulato, mientras toda su cara metamorfoseada en gárgola comenzaba a lanzar lágrimas por las orejas, por la boca, corriendo por las narices como un hilillo olvidado. Largo de ahí, váyase ahora mismo, le decía el Coronel, señalando para la espesa noche sostenida por el centinela del fondo de la casa. Izquierdo se puso el saco, no tan blanco como el chaleco, y se fué ocultándose al pasar frente al centinela como quien abandona un barco, como quien visita la casa vieja al día siguiente de la mudada. Su cara de mulato ablandada por las lágrimas, al desaparecer se había

transfigurado en la humedad blanda de la noche.

Se probaron nuevos cocineros, fracasos, levantarse de la mesa decepcionados sin deseos de ir a la playa. El gallego Suárez aconsejado por la Sra. Augusta, fracaso, al presentar unas julianas carbonizadas como cristalillos de la era terciaria. Trina, paseando por la cocina de prisa, queriendo terminar un punto macramé, aconsejado por la Sra. Rialta, fracaso, en un conteo equivocado de raciones de platos sustitutos, como huevos fritos, con miedo a la astilla de manteca que le quemase un ojo, friendo con agua del filtro, en cuya etiqueta de marca Chamberlain saludaba a Pasteur. El nuevo cocinero, temeroso a cada instante de ser despedido, mirando con sus ojos de negro ante los fantasmas, si el plato había fracasado. Y exclamando a cada fracaso, así me lo enseñaron a hacer a mí, en la otra casa les gustaba así. La casa se desazona; la tarde fabricaba una soledad, como la lágrima que cae de los ojos a la boca de la cabra. Y el recuerdo de aquellos sucesos desagradables, de los que nadie hablaba, pero que latían por la tierra, debajo de la casa. La lágrima de la cabra, de los ojos a la boca. La cara ablandada del mulato, sobre la que caía la lluvia; la lluvia ablandando la cara de los pecadores, dejando una noche de grosero rocío que enfriaba el cuclillo, haciendo que el centinela se enrollase toda la noche en sus mantas, o que el gallego Suárez se levantara, el mismo frío le exacerbaba el olvido, para cerrar cien veces las ventanas.

En esos cabeceos de la familia, la gorda punzada del padre del Coronel al teléfono, convocando para una de las fiestas en su casa, que él con dejo burlón de los mestizos sibilantes, llamaba "un gossá familia". Reunía toda la parentela hasta donde su memoria se lo aconsejaba, persiguiendo las últimas ramas del árbol familiar. Se agazapaba, se concentraba durante el año, y ese día movía los resortes de su locuacidad, de sus anécdotas, como si también le gustase ese perfil que tomaba un día sólo del año. No se trataba de una conmemoración, de un santo, de un día jubilar dictado por el calendario. Era el día sin día, sin santo ni señal. En silencio iba allegando delicias de confitados y almendras, de jamones al salmanticense modo, frutas las que la estación consignaba, pastas austríacas, licores extraídos de las ruinas pompeyanas, convertidos ya en sirope, o añejos que vertiendo una gota sobre el pañuelo, hacían que adquiriesen la calidad de aquél con el cual Mario había secado sus sudores en las ruinas de Cartago. Confitados que dejaban las avellanas como un cristal, pudiéndose mirar al trasluz; piñas brillantadas, reducidas al tamaño del dedo índice; cocos del Brasil, reducidos como un grano de arroz, que al mojarse en un vino de orquídeas, volvían a presumir su cabezote. Entre los primores, colocado en justo equilibrio de la sucesión de golosinas, algún plato que invencionaba. Ese año a los familiares más respetables por su edad, los llamaba aparte y le deslizaba: —este año tengo "pintada a la

romana". Usted sabe, continuaba con un tono muy noble y seguro, que los conquistadores llamaban pintada a lo que hoy se dice guinea. La trato, y parecía que le daba la mano a una de esas pintadas, con mieles; de tal manera, que ni ellas ni su paladar se pueden sentir quejas de ese asado, afirmando después de saborearlas la nobleza de mi trato, pues la miel conseguida es de mucho cuidado. Es la miel de la flor azul del Pinar del Río, elaborada por abejas de epigrama griego. Rueda un plato por ahí, "pechuga de guinea a la Virginia", pero usted sabe, continuaba hablando con su interlocutor que se distraía, que en esa ciudad, que le dió tantos malos ratos a los ingleses, cuando lo de la independencia, no hay guineas. Nosotros, terminaba con el orgullo de un final de arenga, tenemos la guinea y la miel. Entonces podemos tener también "la pintada a la romana", ¿le gusta a usted ese nombre?, preguntaba, condescendiendo a creer que alguien se encontraba situado en frente.

Resuelvo en el *Resolución*, decía con su carcajada que se detenía de pronto, sorprendiendo el tajo, aludiendo al ingenio que tenía en Santa Clara, pero voy preparando mi "gossá familia". Fuerte, insaciable, muy silencioso, se volvía locuaz ese día, que nadie sabía cuándo llegaba como los cometas. Las había verificado en dos semanas sucesivas o pasaban cinco años y ni siquiera hablaba de las posibilidades del día de la gloria sin nombre y sin fecha. Concentrado en el pescuezo corto del vasco, sus articulacio-

nes se trababan como piedras y arenas. El hermano de la Sra. Rialta, que ya exigirá, de acuerdo con su peculiar modo, penetrar en la novela, decía de él, zumbando las zetas: —es como la cerveza que quitándole el tapón se le va la fortaleza. Sin embargo, él como para burlarse en secreto de esa frase, no perdió nunca la fortaleza, buena señal de que estaba taponado por Dios.

El aliento parecía que recobraba en él su primitiva función sagrada de *flatus Dei*. Al no hablar, parecía que ese aliento convertido en dinamita de platino se colocaba al pie de los montículos de sus músculos y troncos de venas. Cualquier sencillez que dijese parecía brotar de ese almácigo de acumulado aliento. Pero en el día del gozo familiar ese aliento se trocaba en árbol del centro familiar y a su sombra parecía relatar, invencionar, alcanzar su mejor forma de palabra y ademán, como si se fuese a presentar, según las señales que los teólogos atribuían a la fiesta final de Josafat.

Mis músculos estaban despiertos como los del gamo, cuando yo era joven en Bilbao y corría impulsándome más y más con el viento, dijo. En ese momento empezó a repartirse el primer plato, pedazos de la fruta de estación, se levantó y empezó a derramar en cada una de las bandejas que portaban los más jóvenes, vino de uva lusitana. Es de la cepa, añadió haciendo un paréntesis en su relato, que le gusta a los ingleses tories, y bueno es que desde muchacho nos acostumbremos al paladar de los ingleses. Terminó la fra-

se con una risa que no se sabía si era de burla o acatamiento de aquel paladar de los ingleses, deglutió un manojillo de anchas uvas moradas, levantó más la voz y se le oyó por todo el recinto:

...cuyo diente no perdonó a racimo, aún en la frente de Baco, cuanto más en su sarmiento.

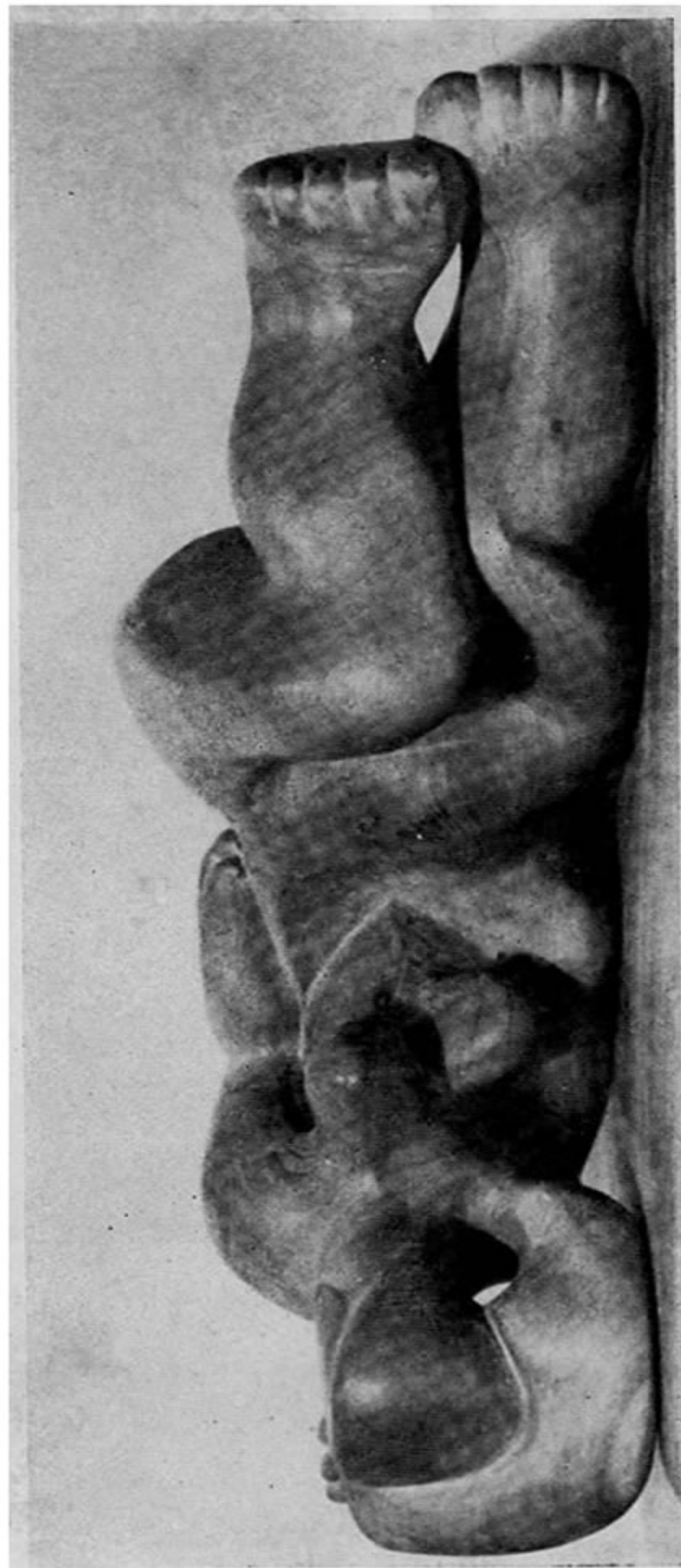
Yo era *carricolari*, al retomar su relato ofrecía ya la serenidad del que cuenta lo muy suyo, continuó, que es como se llama en Bilbao a los corredores de competencia. Un grupo como de romería, se acercó a mi casa, para decirme que había llegado el belga Peter Lambert, que era el más veloz de nuestros antiguos Países Bajos, y que habían pensado en mí para que le saliera al paso. Me decidí a entrar en la competencia con la alegre seguridad de quien entra en su perdición. Aquel condenado de belga corría como tironeado por nubes de huracán. Desfallecía cuando sentí que unas ramas terminadas en cuenco de lanza, esgrimidas por bilbaínos orgullosos, me pinchaban para que saltara en vez de correr, para reponerme las botas de milagro. No obstante, el belga llegó primero a donde había que llegar. Desde entonces pensé en irme, pues con todo el que me encontraba parecía que me lanzaba la vergüenza de que aquellas ramas no hubieran operado el milagro.

Interrumpió el relato y exclamó: —Otro zapote, Enriqueta, que era el nombre de su esposa. Con noble saboreo



MUJER CON GALLO, Piedra, ALFREDO LOZANO

Colección del Autor.



MUJER ACOSTADA, Madera, ALFREDO LOZANO.

Colección del Autor.

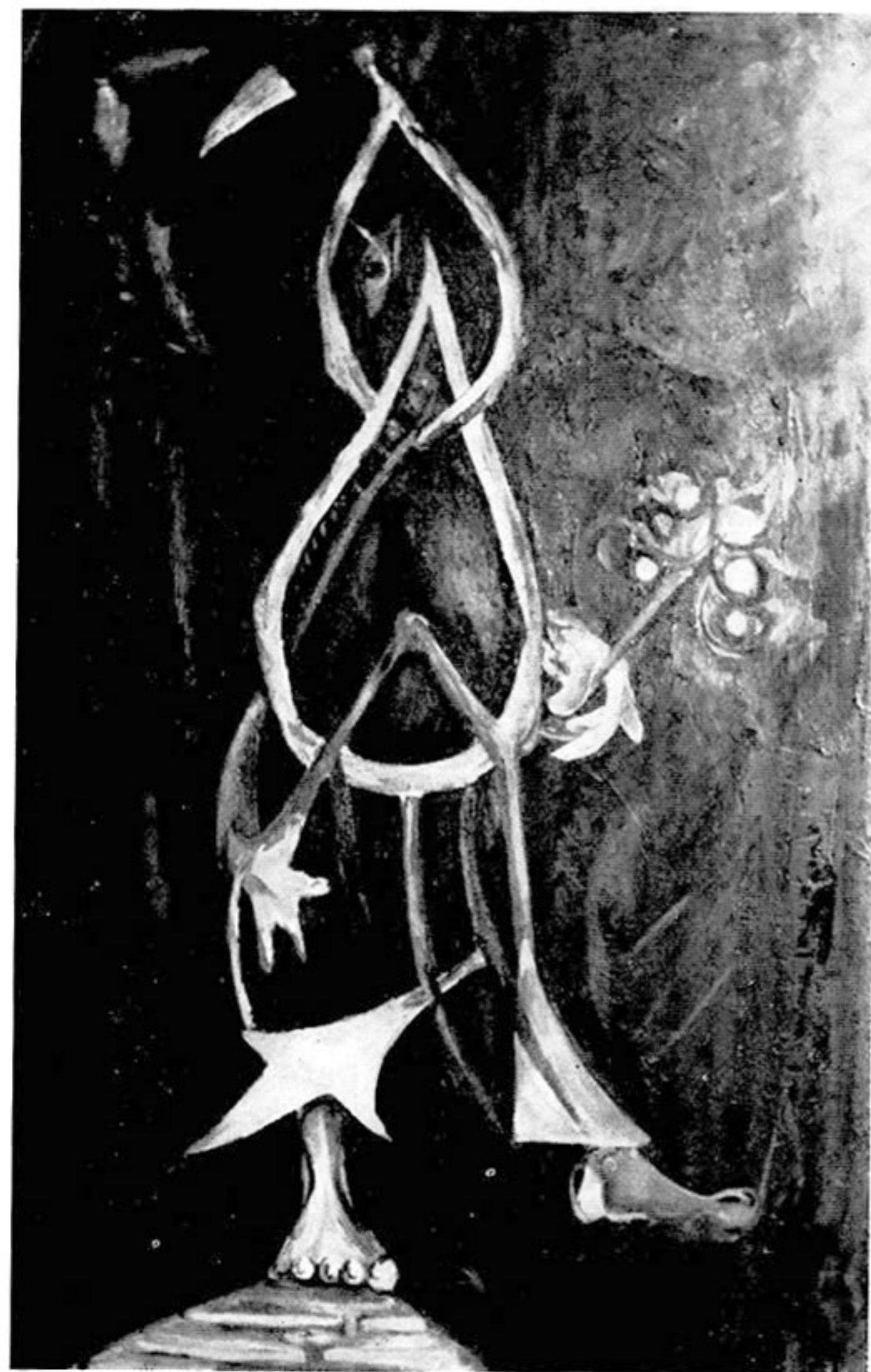
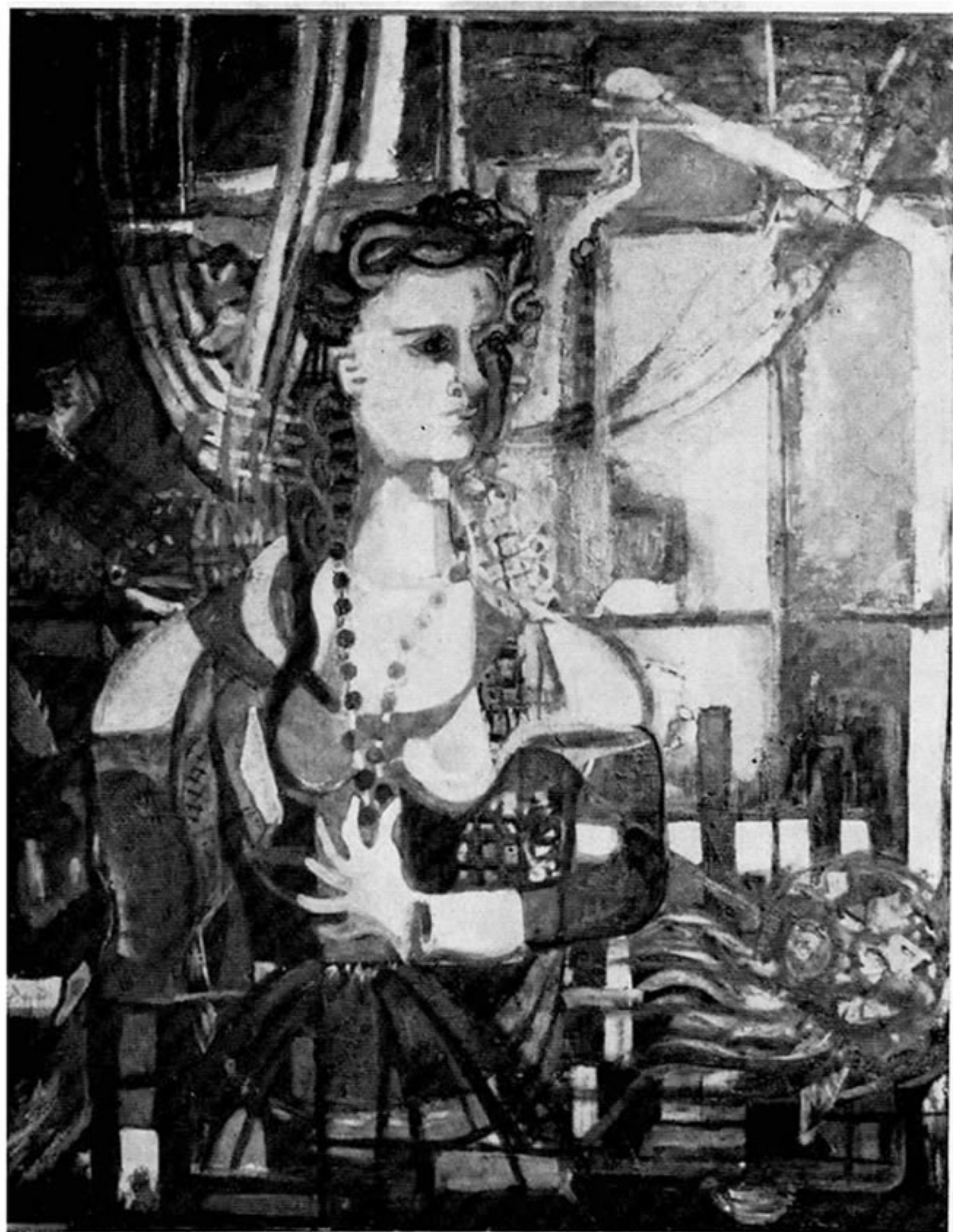


FIGURA DE RITO, Oleo, MARIANO.

Colección de José Rodríguez Fco.



RETRATO, Oleo, MARIANO.

Colección del Autor.

extinguió la pulpa de la fruta, se levantó y repartió vino blanco seco en la bandeja donde los que eran ya de más edad ostentaban las mismas frutas servidas a los garzones. Es una prueba más difícil para el paladar, añadió, fruta muy dulce con vino seco. —Me fijo en los rostros, añadió, al hacer ese paladeo y enseguida formo opinión, pues la mayoría abandona sus frutas con hastío.

Otro zapote, Enriqueta, volvió a decir, como si sus apetencias fueran cíclicas y siguieran las leyes de su péndulo gástrico.

Cuando llegué a Cuba, dijo después de la pausa necesaria para la extinción del zapote, entré, para mi otra perdición, en el ya felizmente *demode* debate de la supremacía entre frutas españolas y cubanas. Mi malicioso interlocutor me dijo, no sea ingenuo, todos los viñedos de España fueron destruidos por la mosca prieta, y se trajo para remediarlos semillas americanas, y todas las uvas actuales de España, concluyó rematándome, descendiendo de esas semillas. Después de oír esas bromas apocalípticas, sentí pavor; todas las noches en pesadilla de locura, sentía que esa mosca se iba agrandando en mi estómago, luego se iba reduciendo para ascender por los canales, cuando se tornaba pequeña me revolaba por el cielo del paladar, teniendo los maxilares tan apretados, que no podía echarla por la boca. Y así todas las noches, pavor tras pavor. Me parecía que la mosca prieta iba a destruir mis raíces y que me traían semillas, miles de semillas que rodaban por un em-

budo hasta mi boca. Un día salí del "Resolución" de madrugada; las hojas como unos canales lanzaban agua de rocío; los mismos huesos parecían contentarse al humedecerse; las hojas grandes de malanga parecían mecer a un recién nacido. Vi un *flamboyant* que asomaba como un marisco por las valvas de la mañana, estaba lleno todo de cocuyos. La estática flor roja de ese árbol entremezclada con el alfilerazo de los verdes, súbita parábola de tiza verde, me iba como aclarando por las entrañas y todos los dentros. Sentí que me arreciaba un sueño, que me llegaba derrumbándose como nunca lo había hecho. Debajo de aquellos rojos y verdes estremecidos dormía un cordero. La perfección de su sueño se extendía por todo el valle, conducida por los espíritus del lago. El sueño se me hacía traspies y caída, obligándome a mirar en torno para soslayar algún reclinatorio. Inmóvil el cordero parecía soñar el árbol. Me extendí y recliné en su vientre, que se movía como para provocar un ritmo favorable a las ondas del sueño. Dormí el tiempo que habitualmente en el día estamos despiertos. Cuando regresé la parentela comenzaba a buscarme, queriendo seguir el camino que yo había hecho, pero se habían borrado todas las huellas.

Otro zapote, Enriqueta, dijo de nuevo, extendiendo la mano con un cansancio que marcaba la retirada de los invitados y la llegada de la luna creciente de enero.

Regresaba después de la fiesta el Coronel al Campamento con una tarde que se le entregó muy pronto a una noche baja,

rodada entre las piernas y que impedía caminar de prisa. Muy cerca de la casa precisaron al mulato Juan Izquierdo, lloroso, borracho, infelicidad y maldad, mitad a mitad, sin saber cuál de las dos mitades mostraría. La Sra. Rialta descendió del coche, nerviosa, con todo el ser metido en la altura de sus tacones. Lloraba el mulato, como una gárgola, lagrimándose por los oídos, los ojos y las narices. Su telón de fondo era sombrío e irresoluto. Muy pronto, el Coronel se le acercó, pegándole un golpe en el hombro y le dijo: mañana ven a cocinar, para que nos hagan unas yemas dobles que no tengan orejas de elefante. Se rió alto, teniendo la si-

tuación por el pulso. El mulato lloriqueó, arreciaron sus lágrimas, sonsacó perdones, cuando se alejó parecía pedir una guitarra para pisotear la queja y entonar el júbilo. La Sra. Augusta detrás de las persianas, que eran ,como decía el Coronel, sus gemelos de campaña, había visto la precisión desenvuelta de la escena. Cuando sintió, después de oír el crujido alegre de los peldaños de la escalera, que se acercaba el Coronel, se aturdió al extremo de dar ellas las voces de atención. Atención, atención, gritaba, como quien recibe de improviso a un rey que ha librado una batalla cerca del castillo sin que se enterasen sus moradores.

JOSÉ LEZAMA LIMA

Zona de la Esposa

UN dulce barco prende exaltado y diminuto, por el ánimo humilde y fresca de los vidrios de la casa narrado en subrepticio coro. Arde, mi lecho, cuando claros cortinajes junto a tu quedo mármol hinchan su esperanza y apenas su callada desazón distrae los ámbitos llenos de tiempo cristalino. La esposa es la sagaz sombra risueña que bordea las aguas de un espejo tersas y enigmáticas, que extiende seductora sus manteles y regala con un fruto de añoranza apagada en blanda música. Mas quién conspira y como sien de fuga malva mancha el gárrulo cristal liviano y omnisciente? Alta y derecha luz al filo del destino cuando los corpulentos guerreros de la siesta salen a dirimir una nostalgia altiva y arengas polvorientas bullen y fantasean. Bajo el pulcro rigor que cuidan las persianas los labios asistidos de un templado deleite, una insistente cítara cauta y adelgazada. Ah mi lecho tallado, virginal, numeroso de ensayos como absortos dibujos sobre el lino de lo que cuele y mece la fiebre del oído. La siesta es un palacio de insondable llaneza donde las límpidas estancias como en rito plácido recuenta La Bella Reposada. La siesta es un tumulto desolado y fragante, el manto de la lumbre que se yergue y sacude los tratados del polvo con gestos de ávida armonía. Tú, mi lecho, qué escoges mientras la hora grana y acosa con suspensa calidad quebradiza? Pupilo del claro silencio, lecho mío, súbdito dorado por el aura de consabida historia que circula ceñida y mide la espaciosa urgencia, el devenir augusto y azaroso de los barcos sobre la verde pasta de esplendor tan antiguo. Mi cuerpo entra contigo en la confusa gloria de un vano arder bordado en el tapiz marino.

PRINCIPE EN LA TARDE OIDO

Un esplendor, príncipe ocioso, se pasea doliente y complacido por la ribera tibia, por donde una avidez su largo acecho viste de pereza que estalla en lentísimas palmeras.

La piel núbil y tensa de la tarde avizora, descreída anhelosa, doncella de los ritos, grave, atezada y fina en los parados aires. La amplitud sueña un ciclo de solemnes veleros.

Estancia tras estancia el ocio se despliega, errante y misterioso amigo recobrado, para que el niño saque del desván su forma confiada bajo el solio de tácitas andanzas.

Solio puro del Tiempo, tácita escarpadura y la nada acogiendo discreta los ejércitos de enlazados penachos y perplejo murmullo, llano con una suave mirada gobernado.

Durar como la rada tendida y vigilante y el esplendor que mueve despaciosos su alivio. Grata es la luz antigua, desencatada y límpida, silente amiga de las ebrias arboladuras.

Oh espacio donde el niño apoya el inflexible geranio de su oído, calma aguerrida y lánguida del Estío en que mora un ancho ritmo inútil. Zarpar junto a los címbalos graves de un retorno.

RADA DEL ANCHO ESTIO

La tarde es un teatro tan vasto que mi sangre ensaya reclinada los navíos de Ulises. Oh coro finamente burlón, aires de estío contra las colgaduras hurañas y rojizas.

Reinos del mundo suaves, dispersos y encendidos, despiertos en lo oscuro de un galeón parpadeando.

A sotavento un astro-diosa fosforece
y grandes calmas bajan del azur ígneo y pálido.

“Divinidades vagas moran hoy en el viento.
Tus velas son un bello relato entre las dunas,
un temblor impecable como el ocio de un príncipe
cuando setas del día coronan los espinos.”

¿Quién propone la límpida luz de la ancha rada
de soltar como seda furtiva los veleros?
Errantes potestades de una flauta cautivas.
Mi alma obedece al paio morados festivos.

“En vacíos parajes del alto día, costas
de pabellón borroso bajo tedios de oro.
Y qué fausto agorero como un astro por golfos
lívidos y suntuosos mediando su periplo.”

Mas enjoye la máscara mi voz de seducciones,
mi máscara de rictus como un monarca enfático.
Sobre la pétrea anchura del circo sólo el niño
subrepticio y danzante y la descalza luna.

POR LA CHARLA, CONFESO...

Penachos de las tribus perdidas el ocaso
rezuma. La penumbra del portal es juzgada
por la espesa cretona de los antepasados.
Por la charla, confeso, un tulipán respira.

Noticias del traspatio canoro y cristalino
donde borrado el tiempo de la infancia transcurre.
¿Qué aquí asalta y vacila y fulge en lo morado,
fuente o navío, blanca desazón ofrecida?

Flor de lo que me emplaza y gira parpadeante,
címbalos de tu nombre convocan desde el río
lento, sierpe escarlata y lustrosa en la pradera
planteada como grave doncella que presiente.

Pulsado pavimento de este mar que renace
de la herrumbre amaranto de sus sueños, discierne
mi rostro, mi tumulto sedicioso y furtivo.
No es el tapiz fragante y concluso mi morada.

Vendrá después el templo hollado por los astros
y yo seré en el eco de mis pasos la historia
de un príncipe antiquísimo. Ah cautos tañedores
del secreto aposento que me embriaga elusivo.

Risueña la maestría de atar el parloteo
a la tela insondable de cautivos rumores.
La madrina en tres hijas se bifurca. Rodeado
discurro y en el texto de mi sed me reúno.

Penachos de las tribus perdidas el ocaso
consume. La penumbra del portal es un fruto
que me enriquece aciago mientras grana la pompa
frágil y turbadora del loro lejanísimo.

BLANCA Y MORTAL INTACTA

Tu carne con la luna en juego declamado
como el álgido sistro de la tersa inviolada.
¿Qué oráculo del mármol disperso de las barcas
desprendes, en las gradas del templo retenida?

Lleno está de la noche el hueco melodioso
de tu cuerpo. Mas nada desde ti se propaga
sino el canto sujeto como envolvente espejo
cuyo fulgor conturba difuso y no disuelve.

Nada de ti comienza y en pórticos remotos
labios de silenciosos nombres fosforecidos.
Furor tu cortesía de nupcial intemperie,
solitaria lentísima, blanco desdén sediento.

¿Por qué a quien oye el amplio frenesí de los dioses
dejan como a la extraña ciudad en que la piedra
se sobrevive ilesa y yerta y con la luna
pacta un horror de danzas y orgulloso sigilo?

Seductora acechanza: cítaras ancestrales
de la ciudad intacta y mortal al descorrerse
los sueños del bosque. En las barcas un último
enigma de esculpidas humaredas absortas.

Vasto el abismo hirviente y delicado rueda
soplado por el prístino olvido de los astros.
Por la noche del Asia bate un ave. Tú sirves
su dañosa blancura planeante en los milenios.

EL LENTO FUROR

Hierve el sagrado cieno de la luna en mi patio
bajo los toscos plátanos de paz supersticiosa.
Moras junto a la estatua exaltada, oh mortecina,
oh pompa sofrenada por ascuas taciturnas.

Tirante piel del mundo como un ardiente oído.
Pero nada al desvelo arriba y abismada
la doncella es un pozo de inviolada memoria.
Pero lentas las barcas se obstinan remotísimas.

A mis pies mi esperanza como un manto armonioso
para que el dios reemplace mi cuerpo paso a paso.
Moras en donde quiero no padecer, oh forma
que me espera hace siglos de fulgor ceniciento.

Son los jóvenes aires de carne alucinada,
es la extraña intemperie que sumerge y divide,
un acecho, una tribu renacida del fondo
del légamo tañido con furia imperturbable.

Los mundos suplantados por su ancestro, la lluvia
frenética de llamas de luna o disiparse.
Isis alta y de rostros que se escapan durando
toca el pueblo de nimia figura cavilosa.

Mi aldea en la floresta de un tapiz extraviada,
vasto como una edad el delirante espacio.
Sobre Chipre delgadas cabelleras rezuman
y un sonido me enreda como desdén y fiebre.

Bajo los toscos plátanos de mi patio la luna
semejante a los labios manchados por un cántico,
semejante a la estatua voraz en que me sueño
ceñido de fulgente locura mortecina.

S A B A N A

Como dorado hueso mis deseos
frotados por el viento reseco y luminoso,
inmóvil y arrejado lo mismo que los días
de paseada guitarra descreída.

Entierra el soliloquio, llénate
del viento mineral y cristalino,
de la alucinación serena de las cañas
que su metal afinan un poco polvoriento.
(El mango de facundia solitaria adiestra
su fruto en lo radioso y en lo áspero).

Salgo a mirar la lejanía
porque nada me espera allá tampoco.
(Los bueyes, los cooperos de espesa parsimonia
y el halo que me escancian como un oro atezado,
iconoclasta a fuerza de silencio).

Como áureo hueso mis deseos, como el pozo
liviano y centenario que rezuma
el árbol frescamente taciturno.

Salgo a mirar el arduo vino
sonnacado y ligero de la nada.
Mis tesoros acampan a mi lado
parcos entre la luz pulida como cuerno
de adorno e indulgente fortaleza.

Por matojos que el viento reseca cristalino
o agosta hasta la heráldica paja y el desvelo,
salgo a mirar el dril dignísimo
y el saludo paisano de la muerte.

RONDA DEL ENEBRO

"Debajo del enebro los huesos..."

T. S. ELIOT

(Blanco el fuego talar del mediodía,
predicó el brocal su aseado musgo
y paz que sacia frugal y cristalina.
El don en las vasijas danzó clara liturgia,
inmemorial, escrita en altos linos la doncella.)

Un pozo es el enebro y alguno de mi stirpe,
alguien que incita suave el dejo de mi espalda,
su ánima allí puso a madurar desprendida,
boca de fruta abierta al polvo soñoliento.
Un pozo es el enebro, sombra fresca y añosa.

Y el buhonero rapaz, el viento cálido
estremezca los trinos difuntos de la hirsuta,
cana fronda peinada como barba
por los parsimoniosos dedos de los siglos.

(Como espalda de aguas el otoño,
recorrió el destino las sienas del orégano.
La madre selva habló cándida y grave:
huerto entre blancas tapias, ganado mediodía
para el silencio y la pasión humilde del desierto,
sed que la melodiosa calcinación avienta,
en la acequia es la nube copiada y despedida,
es el tiempo enigmático que un blanco velo sesga,
enigmático un velo en la llaneza del tiempo,
la acequia como anciano manuscrito y la radiosa
neblina de ademanes que los signos purifican.)

Al vasto yermo gris bajan los vientos
de oro turbio que la ciudad de sí desgaja.
(Morador de mi sangre, guardián, breña apacible,
solitario de vaga gesticulación nervuda,
pastor de silencios y oscuras memoranzas).

Al yermo de pelambre gris menuda y vieja,
lomo paciente, pacedor adusto y luengo
que la luna no turba ni la flor del acónito
cuando el Duende del Alto Espino vendrá y mi antepasado
taciturno servía los dientes de una estrella.

MUCHACHA DE LA CASA MALVA

...Si como un libro que reanudo la tarde
y el cauto barrio grana me han cogido.

Una floresta de morados pífanos
llamea en el silencio y me enlaza.

Y quién sino el joven
Colonna retornando soy de aguerrida
traza reminiscente,
viola atezada entre los giros
del aire natal, el aire
que desazona y huye.

En Florencia sediciosas galas
nieva la hora sobre muros
de púrpura curtida por la lluvia.
Una confiada avidez hacia la tarde
zarpa en diestros navíos silenciosos.
Y en los rojos muros empuñado
como una espada un festín, un viejo centelleo
de adolecer entre zumos y entre himnos.

...Si como un pardo manto fantaseador se ciñen
su fatiga barbados artesanos.

...Si el séquito está a punto y en la plaza
los altos príncipes del ocio esplenden,
la majestad risueña y cómplice del ocio
duradera esplende, en tanto que las damas
de rosado atavío cortés como un manzano,
en tanto que penachos de doradas pláticas,
ungidos de sí mismos, cortésmente llegados.

La plaza ostenta un leve tedio, pliega
su manto, acogedora con mentón grato ironiza.

Oh Excluído, graciosa en torno tuyo,
usurpadora una habituada trama,
la oscura flor urdiéndose de alguna
ceremoniosa danza vivaz e indiscernida.

Y tú eres el Enjuto
cuyo rostro una extraña gana hace impasible,

y como un Rey te aísla polvoriento
la turbulencia añil de las facciones.

(La extraña muchacha, la Añorante,
la Adicta atensada como viola,
deja su grave corte malva,
la balaustrada, la floresta
de vago talle jactancioso.
El aire instigado, una inminente
mutación se desliga.
Ella como una antepasada
o como ardido festival, como el retrato
paciente y exaltado en la estancias
de viuda penumbra ensimismada.
...Cuando con luz que no se suma,
plateada casta cavilosa,
el comedor pulcro deriva
con lino y despacioso,
rezumado desvelo,
con lámparas de rictus
desolado y solícito.
—El caballero de esmerado luto
persigna ceño y paz, nevando
su barba almenas del silencio—.
Y una ciudad se gasta
zumbante, detenida,
sombra de conciliar violácea,
como un fanal que sombra
perezosa respira.)

DEL PARQUE DE CERVANTES

Los álamos de toско
sayal y grave cabellera
preguntada hondamente por la noche
concitan un espacio cortés para los astros
y el solaz caviloso de una estatua.

Cuando el llano recoge fina fiebre
de cabello de estrellas
y el santito andariego demorado, suspenso
quema esperas, asombros, memorias, cercanías.

Acude la deshora puntual como el amigo
cuyo saludo esparce noble la ternura
y vanidad amena de las cosas.
La cauta holgura que Dios guarde
llegada es en sencillo traje, luto
solicito de siempre, barba y ceremonia
breve y vivaz calladamente.

Y ahora que yo sesgo furtivo tanta gloria
principalmente hecha de paz y sutileza,
o de oído paseante que discierne
los ocios de algún rey anciano y embebido,
confuso de relatos en la blanda
caída con que el polvo persuade toda piedra,
si confío y renuncio como afanado lego
placentero en el huerto mascullando los cánticos,
detrás me quede el ascua blanca de tu mármol
semejante a una plática avivada de pausas
y orgullosa intemperie calma y alucinada.

OCTAVIO SMITH

Las Aguas Esperan . . .

Sentado junto al lecho de la enferma, viendo al sol levantarse una vez más sobre las cañas, Anselmo pensaba: "Una semana; llevo una semana sin moverme de aquí y todavía no sé qué hacer". Y siguió pensando que sería una cosa magnífica irse a dormir y dejar a la mujer aquélla, hinchada y deforme, que acabara de entregar el alma a su Dios, al que estuvo implorando durante tres días, antes que los labios, de tanto inflamárseles, terminaran por enmudecerla, al Dios a que todavía permanecía aferrarla—ahora que la muerte estaba en la cabecera—aunque El (que había llegado a ella posiblemente antes que la razón y continuaría para siempre en su sangre, podía hacer ya muy poco. Sin embargo, algo que no era precisamente la piedad lo retenía allí, clavado en un viejo taburete, soportando, no el ronquido seco y constante de la hidrópica ni la inquisitiva y molesta mirada del marido, sino su propia desazón, la certidumbre de que por mucho que pensara en ello el remedio no acababa de resolverse en su memoria, como si una amnesia estúpida e inoportuna hubiese anulado totalmente su mecanismo cerebral. "La tengo aquí —pensaba—. La tengo aquí." Y de un modo maquinal se llevaba el dedo a la frente.

Cada vez que el marido se acercaba, Anselmo retrocedía brutalmente hacia la mañana en que se presentó en la puerta

de su bohío después de remontar el pestilente estero durante toda una noche, a bordo de una vieja cachucha. —Es cosa de maldición—le había dicho inmediatamente, sin levantar la vista del suelo—. Está hinchándose... Venga conmigo ahora mismo ..

Luego, Anselmo estuvo casi toda la mañana achicando el bote mientras un hombre, con una fuerza igual, con mismo movimiento, lo hacía avanzar sobre el agua muerta. Y le miraba en tanto la cara larga, concebida de súbito, con una tristeza dura y amarga que se le iba refugiando en los ojos; aquello era todo en él: lo demás era sólo una resolución de llegar cuanto antes. Estuvo pensando un momento, cuando ya habían avanzado un largo trecho, que muy bien podía ser una emboscada todo aquello, pero lo pensó nada más que un momento: nadie podía fingir tan sostenidamente, tan salvajemente.

—¿Y por qué no llamó al médico?—se le ocurrió preguntar.

Los ojos, nada más que los ojos atendieron su pregunta, el resto del hombre, como algo independiente o ajeno, continuó la faena:

—¿El meico?... Eso quería ella... que le buscara al meico... Pero me dijeron que usted era mejor pa'estas cosas.. Mejor usted...

Habían llegado a la casa de mano con

las primeras sombras de la tarde y de inmediato, sin más diligencias, le había dicho al hombre:

—No es nada serio... Parece cosa de brujería... Pero yo se la curo...

* * *

Ahora, una semana justa de por medio, lo estaban mortificando el estúpido olvido, la fe ciega del hombre en su poder y la inmóvil pero no pasiva permanencia de la mujer, de aquella mujer que no tenía nada que hacer ya entre los vivos por más que siguiera respirando y moviendo unos impuestos ojillos de ratón entre las reducidas grietas de los párpados.

Aunque apenas levantaba la cabeza, sabía perfectamente que la mirada del hombre estaba fija en él—en él más que en la propia mujer—con la misma fe salvaje y ruda, pero trataba de eludir cualquier posible pregunta. “Está esperando que lo mire—se dijo—. Que lo mire una vez siquiera para comenzar a preguntarme, para volver a lo mismo de siempre, a lo que preguntan todos. Está impaciente por saber si ella podrá servirle otra vez como hembra y esclava.” Y pensó: “Aunque yo sé muy bien que ya no hay nada que hacer que no sea esperar.”

El ronquido de la mujer se iba haciendo más frecuente y fúnebre y él persistía en no darle la cara al hombre que estaba al otro lado del lecho, inmóvil, en la misma postura con que se dejó caer, con las ropas ajadas y sucias, con aquella interrogación pacífica y sumisa que sólo estaba pendiente de la revelación. Ahora to-

do se reducía a que la muerte—que estaba allí hacía rato, rondando sin impaciencia—acabara de llevársela. Recorrió con la vista el cuerpo abultado, posiblemente lleno de gracia algunos días antes, que hubiera sanado fácilmente con sólo recordar el remedio y, aunque continuaba sin mirar para el otro, volvió a caer en el mismo pensamiento fastidioso y torpe: “Está esperando sin saber que nada que haga ya valdrá la pena.”

Durante toda aquella semana no se le ocurrió una vez siquiera confesar su incapacidad para curar a la mujer. Eso, con ser tan simple y posible, suponía un sacrificio que estaba muy lejos de aceptar. ¿Para qué?—argumentaba—. Jamás lo sabrá y siempre tendrá fe en mí, como los demás...”

—Bueno... ¿Piensa hacer algo?

Se sacudió en el asiento. Le pareció imposible que fuera el otro quien le hiciera semejante pregunta. Antes de responderle levantó la cabeza y lo estuvo mirando con detenimiento. Era el mismo ser calamitoso y simple, con el gesto veraz y recogido, con los ojos revueltos de tristeza. Los labios, otra vez recogidos, volvían a darle aquella actitud de espera que parecía ser lo único violento en él. Entonces, le dió por recelar, por sospechar que quizás todo había sido fingimiento, que el hombre sabía muy bien lo que estaba sucediendo aunque él lo estuviera tomando hasta aquel momento por un tonto. “Si es así—se dijo—, algo tendré que hacer”. Aunque acabó por preguntar:

—¿Por qué?

—No sé... Usted es el que sabe muy bien de estas cosas.. Pero yo me digo... Habrá que hacer algo... ¿Hubiera sido mejor llamar al meico?

—Me doy cuenta... Comprendo...

Continuó dudando de si el hombre sabía o no que su mujer se hallaba en disposición de ver a la muerte. Por la actitud, todo allí seguía igual que al principio, pero había además algo en el reducido cuarto que no había estado hasta aquel momento y que no se encontraba en la moribunda ni en el hombre. Algo que no supo encontrarlo de inmediato y que acabó por descubrirlo en él. “Ahora soy yo quien está deseando que él me mire aunque en verdad, dudo de que alguna vez haya estado mirándome. No ha hecho otra cosa que estar viendo en mí a ella, a la que no verá mucho más.” Y continuó pensando: “Tengo que devolverle la fe, tengo que devolvérsela si es que alguna vez la tuvo.”

—Digo yo, según me figuro, que va peor...

Anselmo lo miró. No había, aparentemente, en lo dicho, ni recelo ni censura; las palabras habían salido de él llanas y lentamente, como cuadraban con la ocasión y en un hombre simple y rústico. Sin quitarle de encima los ojos, lo vió inclinarse sobre la mujer y escrutarle el rostro amoratado. Las manos anchas y toscas se apoyaron suavemente en los blandos brazos. Parecía levemente agitado aunque echando mano a todos los recursos por mostrarse sereno. Cuando levan-

tó la cabeza al cabo de un rato, había en sus ojos una humedad agria y delatora. El curandero se apresuró en atajar la borrasca que ya presentía. Se levantó y caminó hasta el fondo de la casa. Regresó de la cocina con un vaso de agua que sostuvo sobre la frente de la enferma. La mano le temblaba ligeramente. Lo colocó después debajo de la cama y comenzó a hacer unos extraños visajes hasta que terminó por derrumbarse en el taburete rígido y casi espiritado. En tanto, con los ojos muy cerrados, pensaba calmosamente. “Estoy haciendo todo lo posible por recordarme del remedio. No tiene por qué estar descontento. Todo depende de ella.” Y sin abrir todavía los ojos, con un tanto de quebrada suficiencia le dijo al otro, al que no hacía otra cosa que esperar:

—Todavía es posible que se salve...

Se arrepintió de haberlo dicho tan atropelladamente, con tan poca confianza. El otro no hacía más que mirarlo. Todas sus enormes fuerzas, toda su potencia primitiva y destructora estaban inactivas, en una suerte de reposo y espera. Pero su mirada seguía siendo amarga aunque neutra e insondable...

—Me pareció que al principio usted dijo que no tenía importancia... Digo... Eso me pareció, ¿no?...

—Sí... Sí... Eso dije... Pero...

Estaba calculando la respuesta. El hombre parecía fácil de convencer, pero aún así, había que proceder con cautela. “Salir de este mal paso es la cuestión”—se dijo—. “Salir de este mal paso.” Y pensó que hasta entonces no había hecho na-

da por curarla aunque ya podía haberlo intentado. "Pero ya es tarde—pensó con cierta intranquilidad—. Ya es demasiado tarde." Y siguió pensando que la situación se iba haciendo cada vez más crítica, si bien estaba convencido de que el otro aceptaría lo irreparable con la misma asombrosa serenidad con que velaba junto al lecho. "Será cosa de encontrar la palabra adecuada—se dijo—. Es sólo cuestión de palabras" Y se tranquilizó recordando las muchas veces que había salido ileso de parecidas situaciones.

—Mire usted—le dijo al cabo de un rato—. Al principio creía que era cosa sin importancia... Pero ahora... No sé... Quisiera que no pensara en un engaño...

Todavía sin terminar se dijo para sí: "Desconfía... Estoy seguro de que no está haciendo otra cosa.." Y pensó: "Si ahora mismo le preguntara lo que dije, estoy seguro de que sería incapaz de repetirlo. No podría, porque apenas está escuchándome."

—Pa mí que no hay remedio, ¿no?

Lo desconcertante era que, tanto el gesto como la palabra, seguían teniendo aquella calidad pacífica y cercana a lo cordial como si el hombre no acabara de abandonar la esperanza que tenía depositada en él o como si la certidumbre de lo inevitable hubiese aflojado por completo sus nervios...

—El daño está en la sangre... Lo descubrí esta mañana... No se lo dije porque tenía la esperanza de atajar el mal...

Había hablado lentamente, después de haber escrutado a la enferma. El otro no

le contestó de momento, como si estuviera midiendo mentalmente el alcance de las palabras. Luego, todavía con vacilación, se resolvió:

—¿Y eso es...?

Tampoco Anselmo se decidió de inmediato a darle una respuesta. Se dijo: "Quiere saber de mi boca lo que ya presiente." Pensó: "Ahora tiene miedo, que no es a la muerte precisamente. Siente terror por lo que no entiende, por lo que nunca llegará a entender."

—Ahora el agua ocupa el lugar de la sangre.

Aunque permanecía en el mismo sitio, creyó verle retroceder hacia las primeras sombras de la tarde que ya venían por el trillo envueltas en un silencio sosegado y funeral. Las sombras de donde seguramente procedía y en donde debía estar para siempre con su profunda y angustiada mirada...

Anselmo comenzaba a experimentar una confianza jubilosa y apaciguadora. "Antes tendrá que vencer su miedo—se dijo—. Está quieto porque no tiene fuerza para moverse, porque está aterrorizado. Todo era cuestión de palabras... palabras."

La mujer, entre los dos, atrajo la atención con su último estremecimiento. Se le quedaron mirando: no era más que una masa deforme, abultada, transpirando un sudor frío que le lubricaba la piel tensa y macilenta ya. La muerte se introdujo sin que ella, tan alerta a pesar de su obligada inmovilidad, pudiese hacer otra cosa que no fuese una entrega total. El hom-

bre permaneció un rato como atontado, con los ojos fijos en la difunta y luego dobló la cabeza. Así estuvo un tiempo indefinido después del cual se levantó. Nada en él parecía haber cambiado substancialmente, salvo un incipiente afán por moverse.

—¿Me ayuda?

El curandero lo estuvo ayudando en la penosa tarea de amortajar el voluminoso cuerpo. Apenas si le temblaban las manos; tenía la absoluta seguridad de haber convencido al hombre que remontó durante toda una noche el estero, a bordo de una cachucha que hacía agua por todo el fondo, con la esperanza de que pudiera curarle a la mujer. "No será por mucho tiempo que la llore—se dijo—. Ya encontrará quien lo consuele."

—Las compró para la virgen... Hace una semana nada más, no hubiera sospechado que iban a servir para ella—dijo el hombre mientras encendía las velas con pulso firme.

Anselmo no le contestó nada porque entendió que las palabras ahora estaban de más. Lo que deseaba en realidad era irse, largarse de una vez y descansar de ella y de él; de la inmovilidad vigilante de la mujer y de la móvil pasividad del hombre. No supo cómo pudo adivinarle el pensamiento cuando realizó el sencillo ademán de levantarse...

—Espere.. Voy a acompañarlo...

Cuando regresó del fondo de la casa, venía acomodándose el machete en el ancho cinto...

—Tendrá que atravesar el estero y la tierra es peligrosa...

No podía verle la cara porque estaba de espaldas a él, pero Anselmo hubiera sido capaz en aquel momento de dar cualquier cosa por vérsela... De pronto, le entraron unas ganas locas de quedarse allí, de que la mujer no hubiese muerto, de que el tiempo se detuviera en aquel instante, de que todo dejase de tener sentido. "Pero ella está muerta, bien muerta. Ya no hay nada que hacer aquí... ¡Está bien muerta!... Y él está pensando en algo, en algo que no se atreve a decir" Sin embargo, arguyó:

—No hace falta... Conozco el camino.

El otro se volvió. La noche y la luz de las velas lo estaban envolviendo en unas ropas desusadas. Así y todo, parecía empeñado en permanecer frío y torpe...

—Yo lo traje, y yo lo llevo... Tengo que llevarlo...

* * *

Estaban caminando a oscuras. Detrás, se quedaban la mujer amoratada de muerte y la semana de acecho. La humedad subía de la tierra sorda, muda e implacable. Apenas se veía otra cosa que el oscilante reflejo de las aguas, donde esperaba sin urgencia la cachucha que necesitaba toda una noche para remontar el estero...

El hombre escuchaba—el relente le estaba despertando los sentidos—las débiles pisadas de Anselmo, parejadas a las suyas. Sentía la proximidad de su cuerpo,

la presencia—palpable pero invisible—como algo que lo movía al recuerdo por un camino de peligrosidad. “Está muerta—se dijo de súbito—. Está muerta.” Y todo se precipitaba hacia él como un torrente agrio, trémulo y abrumador. “Parece cosa de brujería.”... “Pero yo la curo.”

Pensó en ella; en las velas que se estaban consumiendo sobre cuatro cajones; pensó en el lecho fétido y blando del estero. Su mano, áspera y húmeda se inmovilizó en el mango del machete...

Delante, apenas móviles y casi moribundas, las aguas esperaban...

JOSÉ CARBALLIDO REY

NOTAS

LOZANO Y MARIANO ⁽¹⁾

Entre los muchos envíos que le agradecen a la pintura los hijos del siglo, tendrán que subrayar cierta reversibilidad de las dimensiones: la profundidad en la dimensión superficie y la superficialidad en la dimensión de profundidad. Si decimos que Pablo Picasso es un genio de las superficies, no lo valoramos menos que si lo fuera de lo sucesivo en la dimensión profundidad. Llegó a ser, dice Gide hablando de Goethe, banal... superiormente. Esta banalidad goethiana aclara lo que queremos decir al colocar el trabajo del malagueño sobre la superficie, o sobre la presencia, para usar el término caro a los griegos. Así su desenvolvimiento ha sido por épocas, por cortes o fragmentos, pero aquella integración que consiste en una búsqueda indomeñable de la identidad, no frente a su espejo, sino frente al ímpetu devorador de su sustantividad hacia el centro, es decir, según los griegos, hacia los infiernos, mostraba su frígida ausencia. Mientras que en esa otra dimensión de superficies, centro quería decir equilibrio, composición, elementos plásticos... Si se ha dicho que La Fontaine únicamente hacía versos malos cuando era negligente, nos damos cuenta que estamos en el otro extremo de la escala,

(1) Escrito para el catálogo de exposición de ambos artistas. Lyceum (Nov. 17-Dic. 2)

el fracaso ha estado regido por la propia voluntad, cuando el abandono y no la *flatterie* por el verso regían el pulso del travieso *polyphile*. En esa dimensión de superficie, sus etapas se desenvolvían sobre lo sucesivo, sin descender los peldaños hasta el fin de los fines, allí donde Orfeo penetra inútilmente reclamando a Euridice. Así como para los griegos de la gran época les era imposible concebir una presencia que no expresase una esencia, el pintor de nuestros días cree que cada una de sus etapas expresa una aventura semejante a la identidad del ser penetrando, penetrando la médula de sauco.

Sin dirigirnos a forzar un paralelo Cézanne-Picasso, tan reiterado como innecesario, podemos alcanzar diferencias en el tratamiento o maneras del producir, opuestas y extremadamente aclaradoras (sólo traídas aquí para subrayar de nuevo la antítesis de las dos dimensiones presentadas). Cézanne comenzaba sus retratos por el rostro, así en los dos que hizo de Zola, contemplamos una cara tan espléndidamente resuelta, que ya se hace imposible continuar el trabajo. Manchones, nebulosas, exploraciones fallidas, rodean el rostro. Aquí el retrato parece ser el rostro y la circunstancia queda enarcada como un imposible. Picasso, véase el retrato clásico que le hizo a la Stein (1907), buscaba primero las prolongaciones y los reflejos, el sitio transmutado por el suje-

to que lo habita, las modificaciones de la cámara por una nueva imposición, buscando después su pareja con el rostro surgido de las venturosas adecuaciones. Así es muy diverso el logro de los retratos de Cézanne y Picasso, así se pueden trasladar a las dos dimensiones anteriores estas dos formas de trabajo.

Mariano y Lozano exponen ahora que tan aviesas o diamantinas señales rodean a lo que se ha llamado la generación de "Espuela de Plata". Generación combatida en sus inicios por la torpeza de la indiferencia y la enfermedad del sueño; y combatida ahora en su madurez, cuando ya tenía demostrado que más que una *generación* era un *estado* de lo necesario posible en nuestra sensibilidad. Era un estado, una ciudad, una resistencia erguida frente al tiempo. No una generación, una frivolidad que acepta su existencia entre dos paréntesis banales: la ruptura de meras superficies y lo *incommu* abandonado, maltratado por simples mordidas y requiebros ineficaces. Era una estado, no una generación que acepta con tácito pesimismo que va a ser barrida por la siguiente, porque al llegar a su madurez de edad y de obra, mantiene como único cuidado las exigencias de su nacimiento; sigue creyendo que son ésas las únicas contables y se empeña por demostrar su fuerza operante en nuestro paisaje y sus formas de expresión. Virtud operante que le llevó siempre a manifestar que la libertad en las formas de expresión es tan necesaria y fatal como las mayores exigencias de la *polis*.

Mariano saca sus figuras de fondos azules, cobaltos o ceruleos; parte del poco de realidad y termina en la composición del cuadro ¿una etapa más? No se trataba de mudar de piel como la serpiente de cristal ni tampoco de endurecer el peto como la tortuga. Ninguno de nuestros pintores más lejos del *maniérisme* que Mariano, pues ni usa de sus encuentros furtivos ni abusa de sus reencuentros. En diez años de trabajo sus adquisiciones no le producen pereza, sus logros no parecen convertirse en la piedra de la espera. En uno de los cuadros que ahora exhibe, un festival de negros, el pintor tenía que enfrentarse con las excesivas exigencias de cada una de las figuras que parecían tirar de *su momento*, de su temporalidad en el desfile. Y al mismo tiempo la onda de movimiento dirigida al frenesí, que tenía que envolver a todas las figuras, sumergiéndolas. El pintor resuelve esa severa dualidad, llevando a la aprehensión de cada figura su comunicación, no con la siguiente, sino en la religación con el altar central. Cada figura trabajada como una miniatura, y el cuadro abunda en bailaoras y faroles, cuando el pintor podía haberse abandonado, si fuese devoto de saltar sobre las horas, a esquemas. Su *Lectura de Orígenes*, nada rendida al halago, tratando en un cubismo que recuerda las palabras de Picasso, "cuando nosotros hacíamos cubismo, no teníamos intención de hacer cubismo, pero sí de expresar lo que había en nosotros". En la *Virgen de las aguas*, el pintor parece con cordeles de Gregorio y el Pez, haber extraído to-

dos los símbolos de sus aguas, reduciéndolos a su alusión de simples letras sobre la placa del cobalto marino. Reducido al pez, al ave, a la Virgen y esa lámina del mar que cubre toda la plaza misteriosa del cuadro, le son bastantes para apoderarse de la esencia especialísima que debe rodear a la Virgen en sus excursiones oceánicas, desnuda de excesos que le secuestren su paso del algodón mojado sobre el temor de la absoluta movilidad.

Sus conceptos han luchado hasta el temblor y la insistencia con la materia de su trabajo. Cuando estudiaba las estructuras cubistas y los reemplazos de los abstraccionistas, la pulpa de su color se abandonaba a sus particulares tumultos. Cuando buscaba en un color la diversidad de sus matices, penetraba en sus cuadros la totalidad de una luz que lo obligaba a la contrastación con los más opuestos colores a un matiz deseado. Pero de esa lucha entre sus conceptos y sus vicisitudes, entre sus estructuras y el girar de un poliedro ante la luz, han quedado en Mariano el más rico asimilarse de las formas más perdurables: un color total, de fondo, que guarda diálogo con la figura que se enarca, el poco de realidad y la radical diferencia entre lleneza y composición, pues un cuadro lleno es la radical antítesis de un cuadro compuesto. Hoy su arte de la composición se ejercita sobre la propia identidad del color como espacio.

En las obras que muestra Lozano puede presumir de una liberación de lo tectónico. Sus construcciones libéranse también de la funcionalidad, de un enjuiciamiento

hecho en la relación de la circunstancia con el objeto. Borrada así la circunstancia, las voluptuosas exigencias de sus manos se convertían en su propia circunstancia. Para ello no ha tenido que provocar una reducción, sino un más exacto sentido de las proporciones. Alejado de los intentos románticos de la gran piedra o del gran vaciado, busca un material donde pueda expresar aquello que Fray Luis llamaba la cultura de las manos. A veces se le exige tal rendimiento al sentido de las progresiones pitagóricas que tendrá que adquirir la agudeza de un preciso recuerdo escrito sobre la pieza cocida al horno. Sus figuras de ahora, trabajadas casi con las proporciones de los dedos, colocan su esplendor independiente de la bóveda o de su situación por laberintos y corredores. Pero cualquiera que sea la suerte de esas progresiones, su volumen ancho y pleno, la misma dilatación de sus poros diríamos, evita el parecido con la materia tratada por el orfebre, adelantándonos a la posibilidad de sucesivas infinitas reducciones, pues la suerte de sus figuras no depende de un tratamiento cuidadoso de su trabajo en el tiempo, sino de su riesgo y aventurarse en la demorada voluptuosidad del tratamiento, de su situación en el espacio que demandaban. El "Desnudo", que ya tuvo la gracia inicial de encontrar un material como el manzano, de reflejo y ductilidad a la entrada y salida de las manos, ofrece un bloque ocupado en su posibilidad de expresión y al mismo tiempo lleno de interminables curiosos detalles. ¡Qué juego

tan libremente ganado entre el reflejo de la cabellera y las formas del rostro que se esbozan al ocultarse! Acaso si los detalles de la cara hubiesen sido subrayados la situación de la cabellera hubiera tenido que rehacerse en una simple cascada ornamental. No me resigno a afirmar que ese desnudo vuelva a las formas de la escultura negroide, pues sus carnalidades curvilíneas están contrastadas por los excesos de la propia continuidad lineal. Aunque quizás se trate de influencias de esculturas eritreras, en una Africa entre lo egipcio y lo mediterráneo. La propia integración de este artista, desde la falta de levitación de sus primeros bloques de piedra a la mexicana, a los vasos minoicos o a los desfiles geométricos mitilínicos, a lo etrusco, desde la vuelta al helenismo de Maillol, a la vuelta a los primitivos de Henry Moore; le impedían alcanzar su madurez en la escultura negroide. No se trataba ya de describir la posibilidad de un estilo, dichosa edad la de principios del siglo cuando Picasso barnizaba los primeros idólos de la Isla de Pascua, sino de habitarlo durante el curso del día. Dos va-

ciados en bronce, hechos con una factura en extremo cuidada, se muestran en otra dirección de su trabajo. En uno de esos vaciados, dos figuras entrelazadas, aunque opuestas por la testa, evitando toda obvia simetría, donde la onda de desenvolvimiento de las dos figuras evita, o ni siquiera desdeñosamente se plantea la idea de ritmo, frase valorativa aún tan frecuente en la crítica de escultura, y que ya, modernista y exangüe, debía reintegrarse a la panoplia de quincalla de la crítica romántica. El escultor que busca ritmos se somete a la falsa voluptuosidad de un mundo sinusoidal y borra en la forma plástica el *ergon*, la *kinesis* de la adquisición espacial. En otro de sus vaciados, cubre el hombre a la hembra, interponiéndose brusca una Leda. En cuanto adquirimos la perspectiva que reclama, vemos un entrelazarse que expresa el mundo moluscoidal del deseo, pero tratado con la limpidez que se entretuvo en aislar, para hacer marchar después a cada fragmento en el placer más evidente y conductor del artesano.

JOSÉ LEZAMA LIMA

El dibujo de la portada del número anterior es de RENÉ PORTOCARRERO.

SUSCRIBASE A LA REVISTA

Sur

Dirigida por
VICTORIA OCAMPO

San Martín 689, Buenos Aires, Argentina

Presenta los más selectos escritores

ASOMANTE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

Directora:
NILITA VIENTOS GASTON

Dirección:
DE DIEGO Y LOIZA
Apartado 1142, San Juan, (Puerto Rico)
Suscripción anual \$3.00

Próximamente número homenaje a Goethe

Ediciones:

ORIGENES

Publicados:

José Lezama Lima: *Aventuras sigilosas*

Cintio Vitier: *De mi provincia*

Eliseo Diego: *Divertimentos*

Octavio Smith: *Del furtivo destierro*

Fina García Marruz: *Transfiguración de Jesús en el Monte*

Lorenzo García Vega: *SUITE para la espera*

Cintio Vitier: *Diez poetas cubanos*

Paul Valéry: *La Joven Parca* (Traducción de M. Brull)

Eliseo Diego: *Calzada de Jesús del Monte*

Cintio Vitier: *El Hogar y el Olvido*

José Lezama Lima: *La fijeza*

LAS MORADAS

REVISTA DE LAS ARTES Y LAS LETRAS

•
Director:

EMILIO ADOLFO WESTPHALEN

•
Dirección:

Apartado 1020, Lima, Perú

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: 3 DOLARES

SUBSCRIBASE A:

The Sewanee Review

SEWANEE, TENN
U. S. A.

•
COLABORAN: T. S. Eliot - J. Maritain -
R. P. Blackmor - Allen Tate - Wallace
Stevens, etc.

INVENTARIO

Revista trimestral publicada por Fratelli Parenti,
Via XX Settembre 30, Florencia, Italia.

•
DIRIGEN:

L. BERTI y R. POGGIOLI

•
Suscripción: \$6 para las Américas.

Agentes: G. E. Stechert & Co.
31 E 10th St., New York City, N. Y.

THE TIGER'S EYE

•
Editor: RUTH STEPHAN
Art Editor: JOHN STEPHAN

•
ADDRESS: Stone Legend
WESTPORT, CONN.